

ANGEL RAIMUNDO FERNANDEZ GONZALEZ

PERSONALIDAD Y ESTILO

EN FEIJOO



CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO
INSTITUIDA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE OVIEDO
EN LA UNIVERSIDAD

17

PERSONALIDAD Y ESTILO
EN FEIJOO

CUADERNOS DE LA CATEDRA
FEIJOO N.º 17

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

ANGEL RAIMUNDO FERNANDEZ GONZALEZ

PERSONALIDAD Y ESTILO
EN FEIJOO

1966

LA conexión entre creación literaria y personalidad ha sido observada desde siempre. Por eso el estudio de toda obra literaria se acompaña de lo que tradicionalmente se viene llamando biografía del autor. Aún en las obras anónimas los esfuerzos han sido muchos y constantes por dilucidar la atribución. Y si bien es cierto que a veces el hallazgo del autor no ha añadido enfoques nuevos a la crítica literaria, es cierto y admisible que ambas, personalidad y obra, se explican mutuamente.

Hace ya bastantes años que en crítica literaria se ha superado —no suprimido— el método de tendencias extra-literarias (no esencialmente literarias). La aparición de la Estilística y la consideración nueva de los aspectos del lenguaje como instrumento de la creación

artística han obligado a renovar puntos de partida. Hoy, a punto de estructurarse como Ciencia Literaria, lo que llamamos Estilística, hemos encontrado el posible puente que una para siempre lo puramente histórico y con-literario (la Historia de la Literatura, al estilo tradicional) con la misma creación literaria. Porque todo estudio estilístico presupone unos datos que aporta el estudio histórico de la biografía del autor y de la fenomenología de la aparición de sus obras, y de otro lado los datos concretos que suponen las obras en sí relacionadas en su contenido con toda la cultura que hereda y asimila el artista. Fusionando esos datos con los propios hallazgos de la investigación estilística dirigida a la forma artística en primera instancia con vistas a un esclarecimiento total de la obra (forma y fondo).

Si esto ya es doctrina común y admitida, no lo es tanto la importancia que pueda tener el estudio, no biográfico, sino psicológico-caracterológico de la personalidad del autor como medio de esclarecer el estilo y la creación artística en general. Y sin embargo obvio, sobre todo después de la dirección que viene tomando la psicología integral en nuestra época y de su aplicación al estudio del lenguaje como sistema en sí y como medio empleado en la creación artística individual y concreta, que impone algo más que lo que tradicionalmente venimos llamando biografías. Hemos de aspirar al conocimiento de la estructura tectónica de la persona concreta, del individuo, que es el autor-creador de la obra artística. Este conocimiento de la estructuración de su personalidad arrojará luz sobre muchas facetas de su creación artística (la creación artística es fruto de una intimidad que no siempre se puede explicar por circunstancias biográficas, ni ambientales, ni siquiera lógicas, es decir, por conceptos ideales-intelectuales). Nos

servirá sobre todo para esclarecer el horizonte de contenidos de valor que haya sido el propio del autor y para valorar el medio expresivo —forma— de las vivencias endotímicas pulsionales que hayan aflorado en el revestimiento de la obra literaria.

A su vez, y puesto que la relación es íntima y directa, la contemplación del estilo como fenómeno condicionado por la esencia y estructura de la personalidad nos ayudará a esclarecer parcelas de la estructuración íntima, del carácter del autor, que se ha manifestado en esa obra y con estilo.

Será pues, un método semejante al que empleamos en la estilística. En ella nos encontramos con una doble vertiente: fondo y forma. Que son inseparables, que son como la cara y cruz de una misma moneda. Solo aspectual y funcionalmente y para uso de estudio literario se pueden, no separar, sino considerar alternativamente. El éxito estriba, como dice Leo Spitzer, en encontrar un «clic» que nos permita introducirnos en el núcleo de la obra para luego en sucesivas idas y venidas ir esclareciendo fondo y forma a través de las relaciones íntimas de la trama de la urdimbre total.

En el estudio de personalidad y estilo debe ocurrir otro tanto. Si el estilo es el hombre, resultará que personalidad y estilo constituyen un todo que solo aspectual y funcionalmente para el estudio podemos separar. Serán como dos puntos de vista de un mismo todo. Y el éxito residirá en hallar unos «clics» que nos permitan ir y venir de la personalidad al estilo y del estilo a la personalidad, para tratar de explicar sus íntimas conexiones y la trama total del hombre que crea y el estilo. (la expresión apariencial con que se nos manifiesta esa creación).

Ya Marañón con su autoridad y entrañable cono-

cimiento del Padre Feijóo nos dijo: «Sin un conocimiento aproximado del hombre, es difícil darse cuenta del significado de su obra» (1). Su obra sobre el monje benedictino ha sido un pilar y un punto de partida fecundo para muchas investigaciones sobre Feijóo. Ahora, en lo que a biología se refiere, proclamamos gustosos también nuestra deuda respecto del ilustre médico-ensayista. Nuestro intento irá algo más lejos para ensayar a la luz de la psicología de la personalidad una estructuración de su carácter, de su constitución personal, desde el fondo vital (biotono), pasando por el fondo endotímico, hasta llegar a la estructura superior psíquica. Y siempre sin perder de vista su creación literaria y sobre todo el estilo de la misma. Es decir, siempre en función de la creación artística y no de otros aspectos del acontecer vital del Padre Feijóo.

Aquel viajero famoso que fué Townsend cuenta refiriéndose a su visita al Convento de San Vicente de Oviedo, donde vivió y murió el benedictino: «Entré en su celda y hablé con los que le conocieron y respetaron en vida. Examiné su busto; pero como había sido modelado después de su muerte, tuve que contentarme, para juzgarle, con leer sus libros». Marañón, que cita este párrafo de Townsend, comenta: «Observación muy aguda, porque, en efecto, la efigie de un autor es indispensable — ¡cuántas veces lo he dicho! — para juzgarle enteramente; y no solo por su obra» (2). Efigie de un autor es en el sentido mejor y más profundo la estructuración de su personalidad, su retrato psicológico caracterológico. Y decimos psicológico y no sólo caracterológico porque entendemos que en el

(1) G. MARAÑÓN. *Ideas Biológicas del P. Feijoo*, p. 287.

(2) G. M., *o. c.*, p. 22.

estudio de la persona la psicología integral abarca un horizonte total en el que queda involucrado el estudio caracterológico. La cima de todo carácter mejor logrado es siempre la personalidad. Personalidad (vista en esencia y manifestada en algo concreto) y estilo vienen a ser índices equivalentes en el lenguaje común. Y aunque ello desde el punto de vista genético y fenomenológico no sea cierto, tiene algún fundamento, aunque solo sea apariencial.

No creemos sea necesario justificar, por admitida tradicionalmente, la relación estrecha entre personalidad y estilo. Precisamente en esa íntima relación se fundamenta la confusión general del lenguaje común cuando dice de alguien: «tiene personalidad, tiene estilo». El estilo (forma apariencial de la obra artística) es reflejo de la personalidad del creador que se sirve de él para mostrarse, para dar a luz, sobre todo, a sus contenidos de sentido dentro de un horizonte de valores. No es que el estilo, o la obra en la que está implicado el estilo, sea pura apariencia fugitiva de lo que es el hombre mismo. Esto que sostiene Marañón al escribir a propósito de Feijóo nos parece no falso, pero sí incompleto. En el estilo, en la obra, deja el autor algo más que apariencias fugitivas. Deja su afán más entrañable, nos lega el intento más noble de salvación de tantas criaturas de su intimidad que salen a la vida en esa creación; y a la postre, el intento más radical: la salvación de sí mismo.

Pero sí, en cierto modo y puesto que el lenguaje vale para el escondite, podemos decir que lo que en el hombre es esencia de ser, en la obra es fruto de esa esencia referida al mismo ser, sin ser ella misma; es decir, apariencia, manifestación, de su esencia. De otra forma: la obra nos aparece, nos muestra en apariencia lo que el autor es en su esencia de intimidad.

Entonces queda claro que es posible ir, a través del fenómeno apariencial (lo que vemos-el estilo) a lo que está más en la intimidad (la personalidad). Y que a su vez explicando lo íntimo en su esencia habremos facilitado la explicación de su fruto apariencial que es el estilo.

Referido todo esto al P. Feijóo necesita otra pequeña aclaración.

En general es admitido que el poeta (el creador artístico-literario más entrañado en su obra) se transparenta aún en sus repliegues de intimidad en su poesía. ¿Pero sucede lo mismo con el prosista, con el creador, no de ficciones novelescas o de poesía, sino de ensayos enciclopédicos, como es el caso del Padre Feijóo?. Si el benedictino no se transparentase claramente a lo largo y ancho de su obra, perderíamos el tiempo.

Mas es el caso que todos cuantos han leído detenidamente su obra y la han comentado, han convenido en esto: que Feijóo está en ella entero y visiblemente. Baste ahora el testimonio de un perspicaz crítico de su voluntad de estilo, Juan Mariñhal, quien afirma: «Al leer sus obras lo sentimos presente en cada página» (3). Y el del máximo indagador de su creación, Marañón: «Se transparentó en su obra. En ella está su alma» (4).

A estos testimonios extrafeijonianos se añade como remache la propia opinión del autor del *Teatro Crítico*. Siente claramente que su estilo emana entrañablemente de su persona, que no es algo externo a ella y superpuesto, y que por ello mismo se resiste a someterse a reglas de aprendizaje y propugna una autarquía literaria al menos para quien sienta arreos para ello. Escribe:

(3) MARICHAL. *Voluntad de estilo*, sobre Feijoo, p. 165 y ss.

(4) G. M., o. c.

«Todos han conocido que *mi* estilo siempre es *mío* siempre tiene *un carácter* que le distingue de los demás estilos. Tal cual es, bueno o malo, de esta especie, o de aquella, no lo busqué yo; él se me vino» (5).

Si se ha repetido que el estilo del P. Feijóo es natural, se dice precisamente porque es personal y expresión literaria espontánea de su modo de ser en versión literaria. Por eso Feijóo añade: «Cada hombre tiene su carácter que le distingue y hace distinguir por los que son dotados de algún conocimiento» (6).

Del mismo modo que ningún hombre interviene en su propio nacimiento, ni en las peculiaridades de su personalidad innata, tampoco se da a sí mismo, ni elige, fundamentalmente, su estilo: «tal cual es... él se me vino». Cabe un desarrollo, un perfeccionamiento; nunca la aparición de un nuevo estilo. Ya Jovellanos escribía a Vargas Ponce en 1799: «Amigo mío, la naturaleza ha dado a cada hombre un estilo, como una fisonomía y un carácter». Por eso el estilo es el hombre, o más precisamente, el estilo está ya en el hombre antes de que éste tenga conciencia de sí mismo. El estilo se nos impone secretamente y realiza en nosotros una tendencia pulsional; es, como decía Unamuno, «impulsivo»: «es camino... no un camino por el que se va, sino un camino que nos lleva».

Sostener a ultranza un determinismo de estilo es irracional. En la esencia se nos impone. Pero al igual que en la personalidad (que nos es dada, que nace y muere con nosotros, que es inmutable en su esencia y es susceptible de variar en sus manifestaciones a lo largo de la acción dramática de la vida en la que acepta-

(5) C. E., II, 6, 1.

(6) C. E., *ibid.*

mos o rechazamos nuestras propias posibilidades) en el estilo, aunque forma parte del *genio del ser*, cabe un juego de aceptaciones y rechazos ante las posibilidades expresivas y comunicativas de un idioma. Bien entendido que esas mismas libres aceptaciones o rechazos en materia de estilo son ya notas que ayudan a definir la personalidad del autor.

II

AL meditar sobre la estructuración de personalidad y el estilo en el Padre Feijóo vamos más allá de lo que congénitamente había en él. Tenemos que incluir, en los datos del problema, las influencias de la experiencia vital, las cuales, al ponerse en contacto con el carácter y establecer un compromiso con él crean la personalidad y el estilo, o mejor, la manifiestan. Ese modo individual de establecer el compromiso es la peculiaridad de cada personalidad en el proceso acontecer que es la vida.

Hablamos de estructuración, lo cual implica pluralidad y heterogeneidad, que a lo largo de la vida y del manifestarse en el temple vital básico se ordena y da tonalidad al ser y a su expresión. Lo que aquí vamos a intentar es escudriñar la vida anímica del Padre Feijóo, vista en el corte longitudinal del tiempo (diacrónicamente) y también en el corte vertical de un momento ideal dado (sincrónicamente) para iluminar su impronta, su peculiaridad y fisonomía, determinadas por las formas de vivencia anímica, por las tendencias que suponen

cierta constancia y por el modo de actuar de la estructura superior (inteligencia y voluntad) en su papel rector (ordenador y represor).

De antemano hemos de señalar que en todo individuo los rasgos aislados y diferenciales se instauran en un todo funcional que supone que se favorezcan, o se estorben, o contradigan, en sus funciones. En otras palabras: se determinan recíprocamente. Según la mayor o menor desarmonía interna hablamos de hombres disociados, o armónicos. El Padre Feijóo fue de tonalidad armónica en la estructuración de su personalidad. No niega ello las posibles desarmonías internas que se dan en toda personalidad. Niega tan solo que esas desarmonías hayan sido de tal envergadura como para dar tono a su expresión de personalidad a lo largo de su vida

Partimos por lo tanto de un «rasgo» de armonía como tonalidad fundamental. Y si bien se observa, ocurre otro tanto cuando contemplamos en su totalidad la obra literaria del monje de S. Vicente. Hay en su modo una tonalidad constante, una constante estilística, que lo hace inconfundible aun dentro de la variedad voluntaria de los temas que se impone el autor y que son connaturales con el género literario que elige como modo de expresión.

Si apuramos algo más la relación personalidad-estilo en esta primera panorámica, distinguimos claramente el mecanismo de esa tonalidad general armónica constante. En ambas vertientes la armonía se debe a una ordenación inteligente y a una voluntad rectora y decidida que impone unos fines soberanos a los que se someten gustosas las vivencias y tendencias.

En la personalidad, vista así la fenomenología del funcionamiento de estructuración, significa que el Padre Feijóo fue un hombre en el que la parte superior psí-

quica de la tectónica de su persona marchó en armonía, impuesta o natural, —eso ya lo veremos— con su fondo vital y endotímico.

En el estilo se ve también claramente una adecuación entre la voluntad (de estilo) y la realización concreta de su obra artística. Marichal insiste en ello. En pocos autores se dió, como Feijóo, una tan intensa concienciación y voluntad de estilo: «El impulso personalista de Feijóo, móvil real de su empresa *desengañadora*, se expresa claramente también en su afán por crearse un estilo propio que le haga sobresalir entre los escritores de su tiempo» (7).

También podemos adelantar desde el ángulo de la investigación antropológica relacionada con la posibilidad del recuerdo y su contrapunto, que es la pre-visión del futuro, que el Padre Feijóo es más un hombre prometéico que epimetéico. Vive en prospectiva. Esta tonalidad general nos pone ya en la pista de que en él *la acción* va a ser dominante sobre *la emoción*, aún siendo positivas ambas en la constitución de su carácter. El hombre prometéico, difícil al desaliento, ha de ser por antonomasia un hombre de acción dominante por la tendencia connatural y no solo por imposición volitiva.

Si de esta constatación pasamos a la vertiente estilística nos encontramos con que su característica esencial, de tonalidad, se ha visto así: «La grandiosidad de su impulso es muy semejante, en magnitud ambiciosa, a la de un conquistador de nuevas tierras» (8). El mismo Padre Feijóo en la dedicatoria del cuarto tomo de las *Cartas Eruditas y Curiosas*, dedicado a la reina de España María de Portugal, lo aclara hablando del «arro-

(7) MARICHAL, o. c., p. 172.

(8) MARICHAL, o. c., p. 167.

jado vuelo» de su pluma, de su «rumbo literario», que «rompe hacia empresas altas», lleno de «aquel orgullo arrogante» ... que «se ensancho por millares de leguas...», «noble aliento» (9). Concibe su estilo y su obra como una *empresa*: «pues no podían mirar mi empresa sino como extremadamente ardua, extraordinaria, peligrosa. Combatir errores envejecidos, es lidiar con unos tan raros monstruos, que, en vez de debilitarlos la senectud, les aumenta el vigor... ¡Oh, cuántos sarcasmos me atrajo esta noble empresa!».

Ahora se comprende la raíz última del sentido conquistador de su obra y del aliento dominador, captador, de su estilo. Si en él la tonalidad general de su modo de estar en el mundo como ser de existencia antropológica es la prometéica, proyectado hacia el futuro no temerariamente sino previsoramente, su estilo y obra habían de ser así también. Tratándose de un apasionado caracterológico (emotivo, activo, secundario) hemos ya descubierto que en él predomina, luego lo constataremos, la actividad sobre la emotividad, y que por lo tanto, aun siendo reflexivo y prudente, su mirar se dispara más hacia el futuro que se ha de realizar, que hacia el pretérito que puede ser nostalgia o lección para mañana. Fue un hombre de postura encarada hacia el horizonte del futuro. Y ello explica también, radicalmente, la apertura de su intelectualismo.

Vistas estas tonalidades generales, previas, hemos de enfilear la base primera, no en importancia, sí en genética: el acontecer corporal orgánico como condición para la vida psíquica.

¿Cómo fue el Padre Feijóo en su cuerpo? En la relación que de su entierro se conserva se escribe:

(9) C. E., IV, ts. VI-VIII.

«Fue el Rmo. Feijóo de estatura prócer, como de ocho palmos o algo más; el cuerpo, muy derecho, aún en el último tercio de su vida; sus miembros, robustos y proporcionados. En una palabra: era bien hecho. Su cara, algo más larga que lo justo; el color, medianamente blanco; los ojos vivos, penetrantes y justamente apacibles, fue el único de los sentidos que se le conservó sin particular lesión. El semblante, plácido sobre sí y juntamente majestuoso; de suerte, que desde luego enviaba especie de hombre grande. Era algo calvo y había encanecido desde la edad de treinta años, como decía él mismo. La nariz, proporcionada y algo inclinada hacia el lado izquierdo. (En la mascarilla la torcedura de la nariz, muy clara por cierto, es hacia la derecha y no hacia la izquierda según afirma Marañón).

«El labio de la mandíbula inferior, bello y más carnososo de lo que correspondía. El cutis, muy delicado, y la complexión sana, de suerte que su grande achaque para la muerte fue la vejez y falta de espíritus vitales. Así, nada se desfiguró en el tiempo que estuvo sin enterrarse, que fueron casi dos días, ni despidió malos olores de sí».

Los retratos plásticos coinciden en líneas generales con esta descripción. El más conocido es el grabado por Balléster (1765), otro por Palomino (1783) en ediciones de sus obras y hecho a la edad de 57 años.

De su mascarilla escribe Marañón: «En esta mascarilla vaga todavía, sobre la fúnebre serenidad, un dejo de luz viva y socarrona, que sin duda le debió animar intensamente en vida». Esta mascarilla está en la casa solariega de los Feijóo, en Casdemiro. El retrato de Granda que se cree del natural lo representa a los 87 años.

Campomanes dice que el rostro de Feijóo estaba

dominado por los ojos «cuya viveza era un índice de su alma».

Mucho debía importar al retratado que este rasgo pasase a la posteridad pues en una carta dice: «Sólo quisiera que, siendo posible, se diese algo de viveza y agrado a los ojos» (se refiere al retrato de Bustamante, desconocido hoy).

Es idea antigua —se remonta a la medicina griega— que el temperamento físico y el carácter forman un todo solidario. Partiendo de esta idea, una escuela contemporánea ha establecido correlaciones, que presenta como constantes, entre la forma del cuerpo (y sobre todo el aspecto del rostro) y el carácter. No es que creamos a pies juntillas en estas teorías, pero hemos de admitir que en el conjunto de lo afirmado y constatado hay correlaciones bastante claras.

El retrato que del *apasionado* hace S. Fouché es el siguiente: «retratos de frente, es decir que presentan un cuerpo y sobre todo un rostro de tipo aplastado. Visto de perfil, la cara rectangular, a menudo ancha, aparece como recta. Las concavidades y los relieves son redondeados, lo que a veces confiere al rostro un carácter armonioso. La mandíbula es de ángulo recto, la barbilla más o menos saliente y la frente es recta, claramente caída. Los vestíbulos sensoriales están encajados boca media, bien dibujada, labios carnosos y finos, nariz recta, de volumen medio con ventanas poco abiertas, ojos planos, párpados finos, iris oscuros, cejas rectas».

Nos faltan muchas precisiones sin verificación posible para poder afirmar categóricamente que ese retrato corresponde al del P. Feijóo. Pero sí podemos decir que a la vista de sus retratos y la reproducción de su mascarilla encontramos muchos rasgos comunes. Al-

guno podría identificarse en las insinuaciones que se hacen en la *Relación*.

Tuvo Feijóo un desarrollo infantil difícil y el aspecto de su salud no era demasiado optimista. Ya adolescente seguía lo mismo y por ello su padre hacía que le acompañase en sus salidas, para distraerlo y hacerlo más vigoroso.

Apunta Marañón que la vida sosegada y casta de los monasterios, a la que se acogió siendo casi un niño, fortaleció su naturaleza endeble. Pero nunca alcanzó una completa robustez, y andaba siempre tropezando con sus achaques. El mismo Feijóo sintió y confesó esta disminución de salud. De sí mismo nos dijo que era «de cuerpo enfermizo desde la edad de 19 años» (10). Sufrió tercianas, anduvo aquejado de fluxiones reumáticas durante los inviernos; padeció muchos catarros, fueron bastantes los achaques seniles. Marañón admite la posibilidad de una larga tuberculosis benigna, o quizás fibrosa.

Sin embargo ninguna de esas disminuciones o achaques impidió ni siquiera disminuyó su actividad espiritual. No fueron deficiencias graves o mortales. Y si por un lado le obligaban a tener consigo mismo cuidados especiales, por otro le liberaban, ellos y el conjunto o biotono de su organismo, de grandes exigencias corporales. No es que fuese un hombre ajeno al instinto de lo que comunmente llamamos pasiones, pero sí fué un hombre sin graves conflictos en ese aspecto. Ello facilitó la serenidad de su vida y de su producción literaria, reflejadas también en la serenidad noble y arrogante de su estilo.

(10) Carta al P. Sarmiento (Feijoo tenía en ese momento 64 años).

Si de este acontecer orgánico nos elevamos a la consideración del fondo endotímico de su personalidad nos encontramos con sus tendencias (vivencias pulsionales y vivencias emocionales). Estas tendencias, ligadas al yo o desligadas de él, constituyen la piedra angular de la vida anímica. La tendencia como impulso vital radica en la fuerza instintiva y autónoma.

Ya hemos visto en el acontecer orgánico que aquellas tendencias vitales referidas a los «valores vitales» no son acusadas en el Padre Feijóo y por lo tanto no constituyen tonalidad.

Pero esas tendencias referidas al yo se transforman en valores de significación y hacen referencia al instinto de conservación, al egoísmo y al poder.

A la vista de los escasos datos biográficos y de la impresión obtenida de la lectura atenta de su obra parece que en Feijóo se dio un fuerte instinto de conservación, de supervivencia y al mismo tiempo la tendencia a la dominación. Solo que ambos se sublimaron, el uno en la vocación religiosa y el otro en los afanes apostólicos. Lo cual significa que fueron regulados por la voluntad e ilustrados por la inteligencia, y subordinados jerárquicamente a las tendencias pulsionales de la trascendencia (vivencias transitivas, más allá del individuo, relacionadas con valores de sentido).

Visto el panorama, descendemos al detalle.

De los datos que conocemos sobre la niñez de Feijóo se desprende que en él no constituyó tonalidad la tendencia a la actividad como juego, sin valor de rendimiento (que esto ya es trabajo). A lo largo de su vida nos encontraremos con un Feijóo gran trabajador, de una actividad extraordinaria, pero siempre en función del rendimiento. Los hombres de fuertes tendencias vitales de actividad son los que aspiran a sentir en la ac-

ción la dinámica de su existencia. No fue así Feijóo. Se movió, más bien, en un equilibrio tendencial que le hacía equidistar de una actividad sentida como dinámica vital y de una contemplación ociosa. Si en él hubiese sido de tonalidad en la estructura tectónica de su yo esa tendencia vital de actividad mal se hubiera avenido con su vida religiosa de benedictino y con su retiro meditativo de San Vicente de Oviedo. Feijóo no fue el fraile benedictino —que los hay— viajero, inmerso en el acontecer humano, dinámico a ultranza. Fue el hombre trabajador infatigable (actividad como rendimiento) pero sereno, lento, aunque constante. Tampoco fue el contemplador sentimental y ocioso, sino el meditador de hechos y estados con intencionalidad última referida a la posibilidad de actuar y modificar el mundo en torno. También esto explica el sentido reflexivo, previsto, de su estilo concebido como *empresa*.

Lo que sí podemos afirmar es que, aunque la actividad no le nazca de esa tendencia vital sino de otros motivos, tampoco fue evidente que dominase en él la tendencia centrípeta de interiorización. Feijóo fue tanto un introvertido como extravertido.

No fue tampoco el monje un hedonista. La tendencia al goce también centrípeta. Es indudable que en él se manifestó la tendencia al goce intelectual y a la vivencia estética. Pero no le dio tono a su personalidad. El hedonista no reconoce vínculos con las cosas y personas, ni responsabilidad y obligaciones frente a ellos. Rechaza el trabajo y los deberes. Vemos que este retrato es «antifeijoniano». No fue nunca un «dilettante», ni de la espiritualidad, ni del quehacer científico. Se sintió siempre muy ligado al mundo y al prójimo (sus hermanos todos) y frente a ellos (España y sus compatriotas) sintió vivamente la concienciación de la respon-

sabilidad de una tarea que realizó sin desmayos, sobreponiéndose a la incomprensión y a la lentitud en las mejoras. «Quince años ha que estoy continuamente declamando contra la fatua credulidad que reina en el mundo; y pienso que el mundo, a la reserva de pocos individuos, cuanto a esta parte, se está como se estaba. Todos oyen mis voces y casi todos parece que están sordos a ellas» (11). «Combatir errores envejecidos, es lidiar con unos tan raros monstruos..., luego hacía ver que había de armar contra mi una multitud inmensa de enemigos...» (12). Por otro lado nunca se dió en él lo que es esencial en el individuo de tendencia hedonista: el afán de variar, el marco y uno mismo. Fue Feijóo un hombre de líneas constantes a apegos duraderos.

Tampoco es de tonalidad la tendencia de libido que se fundamenta en el instinto sexual, que se manifiesta en la voluptuosidad y que culmina en la unión de los sexos. Es la forma básica del impulso vital, y por lo tanto, en un hombre cabal como Feijóo, no estuvo ausente. Pero no fue excesivo el impulso y estuvo siempre bajo la luz de la inteligencia y la fuerza represora de la voluntad. En general todos los apasionados equilibrados como el monje benedictino suelen serlo también en cuanto a su instinto sexual (13). No quiere ello decir que no sea el instinto poderoso en ellos, sino que en general se subordina a más altos fines, dentro o fuera del matrimonio.

En Feijóo se dió, así mismo, un cierto —no fue

(11) C. E., I, XXXV, 8.

(12) C. E., IV, VI-VIII.

(13) «Estos niños apasionados reflexivos, desde los trece a los catorce años están casi instalados en la madurez. La crisis de la pubertad se señala generalmente por un importante aumento de talla... Corrientemente presentan apenas problemas fisiológicos serios... No llegarán a convertirse más tarde en sensuales o sexuales» (A. LE GALL, *Caracterología*, p. 232).

tampoco de perfiles dominantes como para considerarlo «rasgo» — impulso vivencial (vivenciarse a sí mismo en estados interiores). Hay hombres en los que es ésta una tendencia dominante: tal pie. Unamuno; otros, como Feijóo, de cara a laboriosidad y al rendimiento a que aspiran, se señalan sobre todo por sus tendencias transitivas (centrífugas, frente a lo centrípeto que implica la vivencia de interiorización).

Frente ya a las vivencias pulsionales del yo individual no encontramos en Feijóo rasgos que tiendan a lo descomunal. El instinto de conservación existía en él manifestado en la preocupación por su salud. Pero no hubo en él nada exagerado, puesto que además siempre adquiriría esta vivencia un fin extrainstintivo: tener salud para trabajar, vivir para producir más. Y finalmente reposaba seriamente el instinto de pervivencia en las sólidas convicciones religiosas del monje que abrían de par en par las puertas de una esperanza cierta en el sobrevivir eterno. La inquietud religiosa nunca revistió en él la forma angustiosa ni se dirigió a lo escatológico, sino a la forma de vivir lo cristiano en este mundo.

Pero en cambio observamos algo curioso. La vivencia pulsional del egoísmo fue ciertamente de tonalidad en el benedictino. No es que pretendamos decir —al menos tal como se entiende corrientemente— que Feijóo fue un egoísta. No. También en él esta tendencia, dentro de la jerarquía de valores que sirve para estructurar la propia personalidad, se sometió a otras tendencias y valores superiores (de la tectónica superior de la personalidad). Mas con todo es observable que en él se dió ese impulso que se dirige a tomar posesión del mundo, tanto el de los objetos como el de los semejantes, para utilizarlo en la consolidación y expansión de la propia vida individual. Relacionado

genéticamente con el instinto de conservación, gobernado por la inteligencia y voluntad, nunca se convirtió en él en egolatría, ni en envidia. No hemos sido nosotros los primeros en observar la existencia —dominada siempre, salvo en algún momento de sus polémicas— de esta vivencia pulsional. Es muy manifiesta en su voluntad de estilo, en el sello propio de su empresa literaria (14). Ya Emilia Pardo Bazán en su ensayo sobre Feijóo percibió que la obra del benedictino era su novela, su hacerse a sí mismo. Está patente su afán de realzar su personalidad en el apoyo del mundo, de sus circunstancias: supersticiones, hechos, hombres (sobre los que siempre quiere actuar, pero tanto como para beneficiarlos, para afirmarse a sí mismo). Dice Marichal de él «Feijóo vió quijotesicamente muchos gigantes donde no los había para poder proyectar sobre el fondo de sus sombras amenazadoras la grandiosidad señorial de su figura de Desengañador de las Españas» (15).

Con esta tendencia, que aunque controlada consideramos de tonalidad en cuanto a su fondo endotímico, se relaciona su vivencia pulsional y deseo de poder (también controlado) que se manifiesta en su tendencia a la crítica —razonada— y en su dificultad en someterse a una autoridad. Necesitamos aclarar esto para que quede bien sentado que con ello no queremos presentar la figura de Feijóo como la de un rebelde. La realización de su tendencia es una, y la tendencia en sí

(14) Su afán de predicar siempre, de tener al público ante sí. Y, sobre todo: «Aparte de los efectos prácticos de sus prédicas, lo que Feijoo logra es inventarse a sí mismo... Lo esencial en él es el impulso personalizante...» (MARICHAL, *o. c.*, ps. 166-167). «Feijoo aspira a dar ritmo de acción a su estilo, ya que él se ve a sí mismo en permanente actividad conquistadora, en perpetua lucha con el mundo en torno» (Ibid., p. 169). «La relación *posesiva* que él establece con su público es una manifestación más del impulso personalizante y del gesto señorial que le caracterizan» (Ibid., p. 171).

(15) *O. c.*, p. 172.

otra. Lo que aquí sostenemos es que en él se dió una voluntad de poder que luego en la sucesión de su vida se integró armónicamente en la contextura de altos valores religiosos de su personalidad.

Consideramos menos fuerte en sí su tendencia a la estimación. Aunque Feijóo se haya dolido de sus enemigos y de que el pueblo (escribía para él) no le siguiese, sabemos que en el fondo lo decía porque la afirmación de su obra se daba en el aprecio que de ella hacían los lectores no solo reales, sino todos los imaginados por Feijóo en torno suyo. Es decir que tuvo una natural tendencia o vivencia pulsional dirigida hacia la necesidad de estimación, que nunca degeneró en ansia de notoriedad. Mas bien resulta la tendencia contraria. O mejor, se equilibra la necesidad de estima con la modestia, la prudencia y la sencillez; y por mismo nos aparece como terco, intransigente o lleno de espíritu de contradicción. Sus polémicas, bien historiadas por Millares Carlo (16) evidencian una condición especial innata en el monje, pero nunca podrán ser un índice de fanatismo doctrinal ni de extravagancia. Las veces que se desmandó en la forma y el tono son la excepción, que no la regla.

Si ahora tratásemos de recapitular y establecer un nivel de aspiraciones en este cuadro de vivencias pulsionales del yo individual, diríamos que el más alto nivel, siempre bajo el control de la inteligencia y voluntad al servicio de valores espirituales, lo alcanza la tendencia de egoísmo (instinto de conservación y desarrollo del yo en el mundo). Es un egoísmo sano, reflejo de la *egoidad*, mantenido en los límites de lo razonable,

(16) Feijoo. Obras Selectas en la col. «Clásicos Castellanos», selección, prólogo y notas de AGUSTÍN MILLARES CARLO. Para polémicas, vid. prólogo, ps. 18 y ss.

compaginado con la imparcialidad y la comprensión e incluso con la bondad y el desinterés (17). En cuanto al deseo de poder, evidente, que es el segundo «rasgo» en este grupo, diremos que fué en él un instinto básico y un motivo cardinal de su existencia. Pero que en su realización se dirigió preferentemente hacia las cosas aspirando con ganas y constantemente a un dominio directo sobre ellas, no por la violencia ni la posesión terrena, sino por la comprensión inteligente. Toda la obra de Feijóo, extensa, es un intento y un logro —siempre parcial en todo individuo— de dominar, poseer las cosas, los hechos, por el descubrimiento de la verdad que encerraban. En ello experimentaba el monje una satisfacción cierta y de sentido positivo, alimentado por la bondad de su intencionalidad. La tendencia se adecuaba con una capacidad real en sí mismo para ejercer esa influencia. Por eso no se tradujo nunca en arrogancia o presunción.

El puente entre estas tendencias del yo individual y las vivencias pulsionales transitivas fué en Feijóo el hondo y a la vez controlado sentido de su auto-estima, es decir de la consideración del yo individual como yo personal. El elogio que Feijóo hace de las libertades artísticas, la defensa de los caminos originales y *personales* para el genio, la autonomía con que movió en su vivir y en su escribir, el ojo avizor siempre para *examinar* la opinión ajena y no aceptarla sin más ni más, revelan esa vivencia en el pathos interior del monje

(17) El desinterés revistió ciertamente en el acontecer vital de Feijoo una forma activa y de tipo masculino-heroico. Hay a veces ternura, pero demasiado atenuada para que se pudiera pensar en el tipo femenino-caritativo (acentuado en la capacidad de comprensión y sacrificio). El de Feijoo se caracterizó por el riesgo, sobre todo en las cosas espirituales en las que el hombre que no se defiende bastante a sí mismo propende fácilmente a la abdicación de sus convicciones y opiniones. (Cf. LERSCH, *Estructura de la Personalidad*, p. 130).

benedictino. Y su insercion decidida en el mundo de la transitividad revelan su vivencia a través de los demás, de los que no son uno-mismo.

Así llegamos al *vivir con* y *vivir para*, o sea a las vivencias pulsionales transitivas.

Al pretender examinar la personalidad feijoniana en sus tendencias dirigidas hacia el prójimo se nos muestra su capacidad de convivencia (estar con otro, ser para otro).

No fué por tendencia Feijóo un hombre inclinado al aislamiento. Ni lo buscó totalmente. Se alejó de lo populoso y vivió en un contacto continuado con el mundo a través de tres cauces: su correspondencia innumerable que le traía constantemente los ecos del mundo europeo; sus libros llegados a Oviedo desde el extranjero y desde otras ciudades de España; la tertulia continuada que se reunía en San Vicente en torno al monje hábil y ameno conversador.

Pero todo eso no fué nunca absorbente. Y una vez más comprobamos el equilibrio y la armonía de sus tendencias. Mas bien observamos en él una alternación rítmica entre los ratos de sociabilidad y los de aislamiento, los del enfrentamiento con el *tú* y los de verse a solas con el *sí mismo*. Ni extravertido a ultranza como cualquier hombre del ágora, ni introvertido autista. En un justo medio.

Más aún, en Feijóo se da una clara manifestación de la tendencia del ser-para-otro en su benevolencia reconocida, en su afán de ayudar al prójimo (el amor humano que en él se sublimaba siempre en el divino).

Si entendemos el amor humano como diferenciado de lo erótico, reconoceremos que Feijóo fué hijo enraizado profundamente en su familia terrena. Pero su afecto familiar no es ostentoso en ningún caso. Más bien se

rodea de un halo de admiración —que es una manera de amar—. Y así de su padre Don Antonio Feijóo Montenegro y Sanjurjo habla en el tomo cuarto de su *Teatro Crítico* (Discurso xvi, 23) para alabar sus aficiones poéticas y prodigiosa memoria. De su madre, hermana y hermano, se ocupa en una correspondencia afectuosa. Las cartas a su hermano Plácido y a su hermana revelan su emotividad profunda pero serenada. Incluso en esas cartas demuestra más su amor con la preocupación por sus problemas (cuando aconseja a su hermana sobre la vida del claustro) que con frases efusivas. Y al escribir a su hermano se preocupa de la honra del apellido familiar. Esa preocupación, demuestra en Feijóo una cierta vanidad, «pero ingénuo y natural, en la que entra un componente jerárquico en relación con el lustre de su estirpe», escribe Marañón.

Así es la emotividad familiar del apasionado reflexivo: Y sobre ella se ha escrito que a veces llega a inquietar a las familias por la ausencia patente en el apasionado-reflexivo de las efusiones amorosas exuberantes (18).

A su orden religiosa se ligó con un afecto inquebrantable pero inteligente. De cómo fué querido entre sus hermanos de religión, de cómo amó él a sus monjes, hay datos en las noticias biográficas de los padres Noboa y Uría. La relación de honores que recibió de su orden, que nos hace el mismo Feijóo con ocasión de responder a los ataques de que le hizo víctima Don Jaime Ardanaz, respuesta que encontramos en el t. v.

(18) Pero se añade que «con todo no es más que una apariencia; aun siendo reflexivo, el apasionado está dotado de vigorosos sentimientos familiares. Pero los ha llevado al fondo de sí mismo; en cierta medida los ha intelectualizado y puesto en orden, no los publica apenas. Pero, si un suceso imprevisto o grave llega a sacudir su edificio de inteligencia y de voluntad, veremos entonces revelarse la escondida intensidad de su vida afectiva».

del T. C., prólogo, nos revelan que el aprecio en que se le tenía era muy grande, como justa correspondencia a sus desvelos por la gloria de la orden. Y sobre todo la devoción con que hablan de él los padres que hacen su elogio en sus exequias en Oviedo y en Samos.

Fué también un hombre sensible a la amistad. Admirable es su compenetración con el P. Sarmiento, dentro de su misma orden. Martín Sarmiento fué su escudero y complemento. La correspondencia abundante entre estos dos hombres, el uno apasionado reflexivo y el otro para-flemático, es modelo de amistad serena y al mismo tiempo entrañable.

Lo mismo con otros hermanos de su orden en Oviedo.

Las amistades científicas. Algunas en la geografía, epistolares, como la mantenida con el célebre anatómico del corazón D'Elgar, o la de Martín Martínez, el rebelde de la Medicina.

Pero alguna otra, como la de Gaspar Casal, fué viva y continuada en la misma ciudad de Oviedo, en aquellas tertulias conventuales a las que tantos acudían para ser recibidos por el monje Feijóo, siempre atento a su afecto.

Su benevolencia ante los problemas humanos, fuesen religiosos, religiosas o seculares es patente también. ¡Cuántas consultas resueltas, y cuántas penas compartidas! El, que fué consultor y paño de lágrimas de tantos, cuando nos habla de la curación por él realizada de aquella monja ovetense nos da la clave de su tendencia del ser para otro hecha no de suspiros y ayes, sino de *actividad*, que se resuelve en caridad. Mas de su caridad pródiga con los menesterosos hemos de hablar más adelante. Ahora nos basta decir que el cumplido elogio que de ella hace Alonso Francos Arango

en su oración fúnebre en las solemnes exequias que le dedicó la Universidad de Oviedo el día 27 de Noviembre de 1764, es testimonio fehaciente.

Del cariño hacia su tierra natal, Galicia, a sus gentes, nos habla Doña Emilia Pardo Bazán (19). De Samos, el monasterio donde tomó el hábito de San Benito, habla el mismo Feijóo emocionadamente. En aquella contestación a Jaime Ardanaz, escribe: «... a más de esto se me ofreció una vez la prelación de *mi* insigne Monasterio de San Julián de Samos». Fijémosnos en el posesivo y en el calificativo, claves expresivas de su afecto. Pero además, este Monasterio y el paisaje bucólico que lo rodea encendieron la pluma del benedictino en los pocos fervores estilísticos apasionados que encontramos a lo largo de su obra.

A Oviedo estuvo tan ligado, que los testimonios sobran. Allí vivió y murió. Y su afecto, su amor, por la ciudad y la región fué manifiesta. Nunca quiso salir de ella. Escribe Millares Carlo: «Su *acendrado* amor a la ciudad de Oviedo le hizo desdeñar otros cargos que le hubiesen obligado a residir fuera de ella» (20). Y fué mucho.

Muy importante es el impulso a crear a poner en el mundo del no-yo algo como fruto del propio esfuerzo. Se siente el Padre Feijóo responsable en la colaboración que debe erigir en el mundo una construcción de valores objetivos. No es que el autor sienta el impulso vital de satisfacer una necesidad de actividad. Lo que busca es la finalidad de la acción, el rendimiento del trabajo en pro de los demás, y sobre todo la configuración como fruto de su genio individual.

(19) Discurso «Feijoo y su siglo», 1887, que se incluye en la obra *De mi tierra*, La Coruña, 1888, pág. 17.

(20) Prólogo, p. 9.

La actividad, en sentido caracterológico y vista como impulso creador, evidenció en Feijóo una necesidad íntima y casi constante de modificar lo dado, de imprimir un nuevo sello a las cosas, a los sucesos, a los seres y a sí mismo. Como tal tendencia asidua, descubre, busca, o crea las ocasiones de obrar y crear.

Fué un creador a ultranza. Su condición de trabajador es su cualidad, su virtud más sobresaliente. Nos asombra su actitud ciclópea para la creación, destacando sobre todas las circunstancias de su vida la magnífica laboriosidad, nunca precipitada, más bien lenta, pero sin pausa, de largo alcance. El mismo Feijóo aconseja la creación reposada: «Se debe escribir despacio. Las plumas vuelan colocadas en las alas de las aves, pero no hay movimiento más perezoso que el suyo, puestas en las manos de los hombrés» (21). Planeaba y resolvía con orden, meticulosamente, todo lo de su vida: sus actos, su trabajo intelectual y hasta sus encargos (22). El trabajo intelectual fué la gran pasión de su vida y a él se consagró con un ardor inusitado. En la portada de su último volumen, a sus 84 años, aún confía vivir más para trabajar más; escribe: «acaso tampoco será esta mi última producción..., *porque mi genio* es tal que me avergüenzo de estar enteramente por demás en el mundo» (23).

El anónimo autor de la Relación dice también: «Siempre se le veía leyendo, siempre se le encontraba sentado y con un libro en las manos... Aun en las horas de comer tenía algún libro sobre el mantel» (24).

De este impluso creador se desprende otro movi-

(21) *T. C.*, I, VIII, 8.

(22) Cf. correspondencia con el P. Sarmiento, para comprobar el último aspecto.

(23) Viceprólogo a *Cartas*, V, V.

(24) *Relación*, p. 7.

miento tendencial de la transitividad: el deseo de participación en el saber.

Interés por saber y fuerza creadora son el aspecto aglutinante de esta faceta de la personalidad feijoniana como un *rasgo* verdaderamente excepcional.

Hay que tener en cuenta que no contó con todos los libros que él hubiera deseado. Marañón señala esta limitación diciendo que en su biblioteca no hubo demasiados libros, y que tropezó con graves dificultades para obtenerlos. En Asturias no se comienza a imprimir antes de 1719. Por eso muchas veces acudía a los préstamos, y otras tenía que conformarse con la lectura de diccionarios. Y, como dice Azorín, a veces suple esta carencia con su intuición fina y delicada.

Todo lo realizó sin ostentación (25). Y hoy nos asombra esa su capacidad creadora, capacidad que radica en la misma esencia de su carácter, de su tendencia pulsional, en el estilo de su persona. Por ello aspira a dar *ritmo de acción* a su estilo de escritor y se ve a sí mismo en permanente actividad conquistadora (26). Si la tendencia de creación concretada en lo que llamamos configuración se resuelve en acción modificadora de lo dado o en inventadora de lo no dado, veremos con luz meridiana el intento último de toda la obra de Feijóo y su lucha constante por hallar tras las sombras lo real. Configurando así el mundo y su yo propio.

Nunca ocioso, porque aún en la distracción buscó el descanso inteligente de la lectura reposada o de la

(25) «Como a todo gran trabajador, no se le notaba a Feijoo el esfuerzo ni la prisa. Por lo común, sólo dan sensación de apresurados los perezosos, que llenan con su aparato de cansancio los huecos que quedan entre la obra que realizan y la que podrían realizar. Cualquiera de estos inválidos de la voluntad hubiera adornado de aspavientos y de dolores de parto uno solo de los trece volúmenes de la obra del benedictino» (MARAÑÓN, o. c., p. 294).

(26) Cf. MARICHAL, o. c.

plática enriquecedora al contrastar y limar sus propias aristas.

Su pasión por el trabajo, su actividad creadora y su interés por saber, se explayó en un campo amplísimo de conocimientos e investigaciones enciclopédicas. Seducido por todo, amplía sus conocimientos en las más variadas materias, asombrando por su erudición y vastísima cultura (27). El abarcar materias a veces dispares está en relación con el modo del conocimiento en el XVIII y sobre todo con la raíz de la amplitud del campo de conciencia que era propio del benedictino, que hacía que se encontrase igualmente a gusto con las ciencias experimentales que con las matemáticas, biología, estudios históricos o letras. Se da en el crear de Feijóo, a medida que avanza, un afán dominador que todo lo quiere abarcar. Le acusaban sus enemigos de escribir para muchos y nunca dijeron mayor verdad. Precisamente porque escribía para muchos sus temas tenían que ser variados. A esta amplitud reveladora de su capacidad alude Millares Carlo en su prólogo. Es tal que provocó la aparición de diccionarios sobre la obra feijoniana. Catorce años para su *Teatro Crítico* (1726-1740) y dieciocho para las *Cartas Eruditas* (1742-1766) son un alto exponente de su tendencia creadora y de su interés de saber.

«El excesivo trabajo y la fatiga mental consiguiendo fueron poco a poco minando su naturaleza robusta» (28). La muerte le halla a vueltas con su trabajo.

(27) «Yo escribo de todo y no hay asunto alguno forastero al intento de mis obras». «Oyes decir a algunos (bien que realmente dista mucho de la verdad) que gozo una amplísima erudición en todo género de materia; y nunca hubiera yo logrado este magnífico concepto si hubiera aplicado la pluma a alguna facultad determinada» (T. C., IV, prólogo).

(28) MILLARES CARLO, prólogo, o. c., p. 16.

Estas dos tendencias, al igual que su textura del estar con otro y ser para otro, se coronan en él con la tendencia al amor en general, fuerte también, que intentó y logró atravesar el mundo empírico para llegar a la realidad de las entidades eternas, supratemporales. El interés, el deseo de saber se transforma así en el amor. Si solo conocemos bien aquello que amamos, estamos seguros de que Feijóo que se esforzó denodadamente en conocer muchas cosas lo logró precisamente y en parte porque las amaba entrañadamente refiriéndolas en la vivenciación de su esencia de ser a lo eterno y transcendente.

Su tendencia normativa acusada dio sentido a todo, al despertar en él la conciencia de que su propia existencia no le era dada, sino encomendada. Por eso sofocó muchas de las cosas que era personalmente «para convertirse en un ejemplar de la personalidad humana en su generalidad» (29).

De la vivencia de la fugacidad y variabilidad de todo lo terreno nacen las tendencias trascendentes que buscan siempre lo absoluto sea bajo la búsqueda de lo artístico, de lo metafísico o de lo religioso. Lo artístico no es primordial en Feijóo como tendencia. Su obra es sobre todo fruto del maridaje de la capacidad intelectual y de la tendencia creadora y dominadora sobre el mundo. Lo propiamente artístico, en la literatura, se da en la creación imaginativa y fantástica del novelar o en la poiesis cordial que es la poesía. En ninguno de los dos aspectos sobresalió Feijóo. Su tarea concreta y determinante es preguntarse y responderse por el *cómo* de las cosas y hechos. Es decir que el horizonte propio y común de Feijóo es el ideal inte-

(29) K. JASPERS, *Psicología de las cosmovisiones*.

lectual. Y solo de vez en cuando el ideal-espiritual. Esto explica lo marginal de su creación poética en la que solo aisladamente se da la cordialidad entrañable, y más el ingenio de felices hallazgos conceptuales, muy al estilo de la poesía inmediata a él, la de Calderón o Quevedo, en lo que tiene de conceptuosa e ingeniosa, no en lo de entrañada y entrañable. Y esto explica también que el monje benedictino haya sido un pionero del romanticismo, pero nunca por la vertiente de la sentimentalidad sino de la libertad literaria. En esto sigue Feijóo en la misma línea de su postura crítica frente a la vida y las cosas. Su punto de partida, la discusión sobre la validez de las reglas para el arte, es una postura crítica y no sentimental-cordial. Al igual que no aceptaba, sin examen previo, las ideas o opiniones, tampoco quiso aceptar la imposición mágica de unas reglas de preceptiva literaria. Se c así, como ha visto M. Pelayo, dentro de la mejor tradición española, ya que el espíritu de la raza se opone a toda servidumbre negativa que aplane el vuelo de los impulsos geniales. Pero es que, además, su teoría estética viene a ser una auto-justificación de su estilo y de su enemiga a las Retóricas. Si hizo, como sostiene Azorín, imposible el clasicismo (30), también condenó con su ejemplo la sentimentalidad del yo romántico. Nunca quedó a merced de una emoción no dominada. Y quedar a merced de ella es lo romántico, según dice Carrit (31). Feijóo fue sobre todo un defen-

(30) «Feijoo con su crítica había hecho por adelantado imposible la instauración del clasicismo. Clasicismo es, aparte otras cosas, certeza en un dogma. Clasicismo es propugnación de un método. Y la crítica de Feijoo, de que quedó empapada toda la segunda mitad de nuestro siglo XVIII, era la negación de todo sistema, la duda, la incertidumbre sobre lo sancionado, la apología del propio arbitrio y del personal gusto. ¿Sobre qué base, sobre qué tradición íbamos a edificar en España una estética clasicista?» (Prólogo a *Rivas y Larra*).

(31) CARRIT, *An Introduction to Aesthetics*, vol. I. Londres, 1949.

sor a ultranza de lo razonable depurado de su carga emocional-infantil (la carga que todos traemos de la configuración emotivo-maternal con la que comenzamos a caminar en el mundo de las ideas y de las opiniones). Aunque deja un margen para *el no sé qué*, no tanto referido a lo obscuro de la cordialidad inconsciente e instintiva, hecha de intuiciones, cuanto al misterio de la belleza en sí que escapa al horizonte ideal-intelectual en el que lo percibido es siempre mensurable y manejable.

Pero en cambio en ese *cómo* de las cosas que continuamente busca el benedictino está la manifestación externa de una fuerte tendencia transcendente metafísica: buscar con ahinco la realidad absoluta que subyace tras los fenómenos aparienciales. Es un modo de superar la temporalidad, que se completa con la tendencia religiosa que en él estuvo hecha de certidumbres y asentada en la elección temprana y segura de su vocación religiosa.

Su tendencia religiosa se prolongó siempre en un vivo y firme sentimiento alejado de la vaguedad y de la vehemencia, y animado por la actividad de ilustración razonable.

Es este punto de la religiosidad de Feijóo ciertamente delicado el que intentaremos poner toda la medida y ponderación de que seamos capaces. Mas no por ser delicado ha dejado de ser inevitable. Y en casi todos los que se han ocupado de Feijóo ha surgido. Algunos han defendido la integridad total de la fe del benedictino, otros la han puesto en tela de juicio.

Pi y Maragall insinúa que tuvo dudas. Morayta piensa lo mismo. Y Montero Díaz escribe: «Su vida interior, más que en la dulce delectación producida por las obras bellas, debió transcurrir en esa lucha de con-

ciencia que evidentemente hubo de suscitarse en su alma» (32).

Marañón, más agudo y quizá más conocedor del monje, afirma: «Mi lectura de sus trece volúmenes ha sido lenta, repetida, de muchos años, y jamás me ha hecho esa impresión de conciencia decepcionada». «Feijóo no tuvo nunca que palpase el catolicismo, como Torres Villarroel, porque nunca dudó. Si alguna vez ha despertado sospechas su actitud filosófica, ha sido mucho tiempo después de su muerte, por el pueril afán de los liberales del siglo XIX de incorporar al benedictino a las gentes de su bandería».

Pero el mismo Marañón de estas afirmaciones tan rotundas añade: «Gran creyente, con su fe un poco a contrapelo, y nada más».

Evidentemente lo que parece traslucirse de todo ello es que aunque no haya pruebas acusadoras contra la firmeza de la fe de Feijóo, se sospecha, y hasta parece que hay un cierto interés en desear que fuese cierto, que en su fuero interno el monje debió ser protagonista de ciertas dudas que si no mancillaron su fe fue porque el benedictino las superó.

Parece razonable el afirmar que en Feijóo nunca se dieron ni las dudas de las que tantos hablan, ni la fe a contrapelo que dice Marañón.

Por un lado tenemos testimonios del fervor religioso de Feijóo. Durante los cinco meses de su última enfermedad dio grandes pruebas de entereza y religiosidad, según consta de la relación del P. Moreiras y del lego que le asistió en tan terrible trance. «Todos los días —escribe el P. Noboa— se hacía conducir a la iglesia y allí... rezaba la regular estación, hacía los más

(32) *Ideas estéticas del P. Feijoo*, p. 19.

fervorosos actos de contrición y se veían destilar de sus ojos ardientes lágrimas con que lavaba sus culpas».

Y en carta del seis de octubre de 1764 escrita por el P. Sarmiento al Duque de Medina Sidonia, se dice: «...después de seis meses de enfermedad, en la cual, y hasta el último suspiro, ha edificado a todos».

Éste es el final de su vida. ¿Y cuál su comienzo? A los catorce años comenzó sus estudios de filosofía en el Real Colegio de San Esteban de Rivas del Sil, Ya monje hecho y derecho se licencia y doctora en Teología, y desempeña en la Universidad las cátedras de Sto. Tomás, de Sda. Escritura, de Vísperas de Teología y finalmente la de Prima.

Concuerta su temprana y decidida vocación con lo que se sabe de los apasionados reflexivos (33).

Hay otra faceta feijoniana (su interés por los problemas religiosos, apologéticos y críticos, por la depuración de la fe popular), que concuerda con el interés manifiesto en los apasionados reflexivos «por las lecturas teológicas, apologéticas y por las discusiones sobre temas religiosos». «No es que lleguen a caer en una exégesis de la curiosidad; lo que metódicamente buscan para su fe es la misma base reflexiva que quieren colocar bajo todas sus ideas y actos. Una vez puesta en su sitio su fe no están dispuestos a cambiarla. Pesa lo bastante para hacer frente a las innovaciones. Si ha descubierto pronto la religión, alejará decididamente todas las vacilaciones».

A la luz de estos principios referidos al carácter apasionado reflexivo quedamos autorizados si no para afirmar, sí para pensar que en Feijóo no hubo ni dudas,

(33) «Las vocaciones juveniles a menudo no son más que ganas de hablar: la que el apasionado elige a los quince o dieciséis años, y a veces aun antes, está bien meditada y decidida, y sin duda no la abandonará.»

ni fé a contrapelo. ¿Cómo podríamos hablar de una fé a contrapelo en un hombre que se nos presenta como inamovible en sus creencias?

Otra cosa es que el afán de ilustrar su fé y la de sus semejantes, sobre todo, para quienes escribe, nos parezca que proviene de un cierto malestar. Pero no es así. Lo que Feijóo buscaba, ni más ni menos, era esa base reflexiva, la misma que buscó para todos sus actos e ideas. Y a nadie se le ha ocurrido apuntar que Feijóo cuando buscaba esa base para lo que no se relacionaba con la fé, lo hiciera impulsado por un malestar interno. Al contrario; y si había malestar era solo provocado por lo externo: la situación social, cultural y religiosa de la España que le toco vivir. Otra cosa era que él, progresista para sí y en lo referente al concepto que tenía de la humanidad, buscase incansablemente ilustrar su fé y la del pueblo por quien luchaba como un bravo conquistador de espada siempre en alto. Y otra cosa es que él se haya manifestado contra ciertas situaciones eclesiásticas de su siglo en el aspecto pastoral, y contra ciertos bonetes venerables, incultos y retrógrados. Eso no atañe a su fé, ni a su fervor religioso. Es más bien la manifestación un tanto dominante de su creencia y de su amor a esa fé que él quería limpia con la limpieza que da el crisol. Esta es nuestra interpretación basada en la autoridad que nos suministran los hallazgos caracterológicos anteriores. Creemos que en Feijóo no hubo lucha de conciencia, ni fé a contrapelo. Lo que en él pudiera darnos esa impresión se debe a su disconformidad con la fé religiosa de su siglo, no con la suya propia. El contrapelo y cierta sensación de falta de solidez venían no de su interior, sino del ambiente.

Proclamamos no solo la limpieza de su fé, sino la ausencia de situaciones dudosas internas, y vemos con

admiración ese edificio sólido (con cimientos ilustrados) de su religiosidad. Ejemplo admirable en un siglo que según ha demostrado Paul Hazard comenzó por procesar el cristianismo. Y no me resisto a transcribir aquí el párrafo que en su obra «*El pensamiento Europeo en el siglo XVIII*», (34) escribe refiriéndose al P. Feijóo: «Limpiaría al catolicismo de las mercancías de contrabando que se habían introducido en el templo. Feijóo se sentía perfectamente cómodo a la vez en la tradición y en la novedad».

Este afán suyo de depuración de la fé de su público lector está en la misma línea que su intención moralizadora, patente en toda su obra y que hace referencia a su tendencia normativa. Siendo el apasionado «asiduo, concienzudo, honrado en sus actos y palabras, digno de fé y confianza», era normal que en la obra feijoniana se transparentase esa faceta moralizadora que proviene, por una parte, de su tendencia de *dominación*, por otra de su tendencia normativa, y finalmente del carácter intrínseco de su religiosidad, matizada no por una emotividad exuberante, sino por un sentimiento controlado por la actividad. De ahí el aire de homilías científicas, el aire de sermones laicos, que se ha atribuído, con razón, a toda su obra.

Concepción Arenal, carácter de mujer con muchos puntos de contacto con el del Padre Feijóo, entrevió esta tendencia moralista de su obra total; y afirmaba que podría formarse un libro muy útil con este título: *Máximas morales de Feijóo* (35), Acento moralista que es «luz serena de tarde lograda, que será lo más duradero de sus libros», según pensó Marañón.

(34) Pág. 125.

(35) *Revista de España*, t. LV, 1877, «Juicio crítico de las obras de Feijoo».

A esta altura del estudio de la personalidad y estilo del Padre Feijóo podemos ya afirmar que fué un individuo de fuerte unidad interior, armónico. Que la única posibilidad de disociación podría entrecruzar en la riqueza de sus intereses cognoscitivos. Pero que como ellos no afectaron a la unidad de su forma de vida, sino que se integraban en una estructuración superior, no perjudican esa armonía encontrada. Dentro de la variedad de su obra, que revela la de sus intereses, hay una finalidad única y trascendente que da unidad a todo y que no es extraliteraria. Tampoco observamos en él índices de frustración ni de lo que sería su consecuencia: agresividad o tendencia a la compensación. Por el contrario hay en Fray Benito Jerónimo una adecuación comprobada entre tendencias y capacidades.

No es fácil en un hombre como Feijóo, que vela en el autodomínio constante su intimidad, su sentimentalidad, descubrir hasta qué punto actuaron decididamente en él las emociones como formas de sentirse estimulado y en qué forma callada estaban presentes los estados sentimentales.

Es cierto que la experiencia objetiva del hombre se tamiza siempre a través de esas vivencias que nos dan el horizonte de valores. A la dificultad inherente al modo peculiar feijoniano se une la dificultad intrínseca de aprehender el mundo del sentimiento desde el punto de vista conceptual. No obstante habrá que intentarlo.

No parece, y está de acuerdo con lo dicho más arriba sobre el acontecer orgánico de Feijóo, que podamos elevar a tonalidad ninguna de las emociones o estados emotivos del fondo vital: ni el dolor, ni el placer, ni el aburrimiento, ni la saciedad y repugnancia, ni

el asco físico y psíquico, ni la diversión y fastidio, ni siquiera la alegría y la aflicción. Podemos decir que las deficiencias orgánicas provocaron sin duda un estado latente de dolor; que el placer intelectual y de convivencia fué parte de su personalidad; que la alegría nunca fué en él ni dominante ni explosiva.

Se mantuvo el fraile en una serenidad innata, sin desproporciones, apoyada además en las convicciones religiosas que podían sublimar el dolor en modo de merecer (Es conocida la paciencia y resignación de Feijóo ante sus achaques y más aún al fin de sus días), que podían traducir el goce artístico e intelectual en modos de apostolado, y la alegría en modo sereno de convivencia.

En cambio las vivencias emocionales del yo individual son ya más patentes. La vivencia del susto está atestiguada en la obra de Feijóo con detalle. Advertimos que en todo apasionado como él, y más si es reflexivo y en función de su secundariedad, se da la falta de valor. No fué Feijóo ajeno a esta tendencia. Nos cuenta él mismo un caso (que no sería el único en su vida, desde luego) que le sucedió una noche de niebla al entrar en su celda y ver el «fantasma» de su propia figura proyectarse por la luz en la niebla compacta al otro lado de la ventana. Como siempre la fuerza de voluntad y la reflexión le volvieron al sentido común y al hallazgo de la verdad.

Hablamos aquí de susto y no de temor. La emoción del susto se da ante una amenaza que aparece súbitamente y su sorpresa se siente como un «shock» de más o menos intensidad. El temor se proyecta sobre algo posible pero que no está en el horizonte actual de la conciencia. El Padre Feijóo fué mas bien un hombre

confiado. La emoción de la confianza es contraria al temor. No creemos que en él haya sido una confianza exuberante. No obstante la tranquilidad y la calma, que son gestos mocionales de la confianza, son rasgos apreciables en la vida feijoniana. Si pensamos en la postura desconfiada de Feijóo ante los hechos, advertiremos que se trata de una desconfianza intelectual no emotiva o de fondo endotímico. Es decir que su confianza, ni ante los hechos —el mundo cósmico—, ni ante las personas —el mundo social— ni ante lo religioso —mundo espiritual— fué nunca ciega ni cándida.

No caben en la estructuración de su personalidad ni en su estilo de vida, ni la envidia, ni el agravio, ni el egoísmo, ni deseo exagerado de autoestimación. Nunca estas emociones constituyen en él ni movimientos mocionales ni estados de ánimo de tonalidad.

Más destacables aún son sus emociones transitivas, las dirigidas hacia a el prójimo, las del ser-con-otro y del ser-para-otro. Al referirnos a sus tendencias anotábamos los hechos de las amistades de Feijóo y su predisposición para la convivencia humana, aunque guardándose siempre de un demarramiento total. En esto, como en todo, Feijóo es un hombre comedido, controlado. Más que de simpatía cabría hablar en este monje benedictino de emoción de estima que presupone siempre una actuación del juicio en esas relaciones. Es decir se acepta al prójimo por motivos, porque se le juzga digno de figurar en el escenario de la convivencia.

En algunos pasajes de su obra aparece un cierto desden hacia el prójimo en su versión «vulgo» o pueblo en general. Pero detrás de las expresiones de Feijóo late un afán noble de lograr un mejoramiento del nivel cultural del pueblo. Esta misma intencionalidad quita

a ese tono su fuerza despectiva para quedar sublimado (36).

Lo que es evidente, insistimos, es que Feijóo no se concibe a sí mismo ni a su obra sin el horizonte espectador de un público lector. Que su estilo está elaborado en función de esa voluntad de escribir para muchos y hacerse entender de todos.

En otras partes de este trabajo daremos testimonios sobre el tono conversacional —estar con otro— de sus escritos y de su capacidad de amena charla en las tertulias del convento de San Vicente.

En cuanto a las emociones del ser para otro; del amor al prójimo y de la compasión, sobran los testimonios. No hay que olvidar que la emoción de la compasión se relacionan no solo con el sentir si no con la actividad. No es solo estar junto, sentir con; sino estar y sentir para ayudar. Además en Feijóo este ser para otro se da siempre en la emoción del amor al prójimo. El prójimo para Feijóo está siempre situado en el ámbito religioso de su concienciación y unido a Dios. Ya formuló Hattingberg que en el amor el amado es vivenciado en el valor de una Idea, o con el valor que Dios le dió. El amor humano ocupó plenamente en su emoción la sentimentalidad feijoniana. Sin que esto signifique que lo erótico haya sido constatado en él, y ello a pesar de esos artículos intranscendentes que llevan títulos como «Feijóo amó a las mujeres», a pesar de que en su poesía se encuentran composiciones en las que cante bellezas o rasgos bellos femeninos.

Fué un hombre que derramó a manos llenas su ca-

(36) Lo hay, pues, que situar a Feijoo como espléndida figura *solitaria* que se yergue rebelde en medio de la ignorancia y la indiferencia de sus contemporáneos» (MARICHAL, o. c., ps. 165-166). «Todos oyen mis voces y casi todos parece que están sordos a ellas» (C. E., I, XXXV, 8).

ridad. Una caridad que le nacía de dentro y le traía entre escrúpulos. Escribe al P. Sarmiento: «He sido inundado en asuntos de limosnas, y *el genio* (no la virtud) me *arrastra* hacia eso. ¿No será bueno asegurarme?». He ahí la clave para pensar en que Feijóo sintió y vivió la emoción del ser para otro y que esa situación dominante le traía en escrúpulos a causa del horizonte religioso de las motivaciones y del fin supremo que él, como religioso, debía dar a todos sus actos. Y no solo fin supremo, sino motivación suprema.

Se conmovía ante el dolor ajeno (el necesitado y el enfermo) y siempre alivió hasta donde pudo esas situaciones con su ayuda material, con sus sabios consejos o con sus métodos curativos en los que aparecía el médico que llevaba dentro.

La compasión se extendía también a los animales. Hay una Carta titulada: «Si es racional el afecto de compasión respecto de los irracionales» (37) en la que escribe: «Pintaron a V. md. mi genio tan delicadamente compasivo, que no sólo me conmueven a commiseración los males o infortunios de los individuos de la especie humana, mas aún los de las bestias. Y el motivo por qué V. md. dificulta el asenso a esta noticia, es porque ella le representa un corazón afeminado, estando V. md., hasta ahora, en la persuasión que le tengo muy valeroso, por las pruebas que he dado de fortaleza de ánimo, en la firmeza con que me he mantenido contra tantos émulos como me han atacado y aun sin cesar me están atacando».

Planteada esta cuestión Feijóo confiesa con seguridad y sin ambages que es cierto lo que de él le han

(37) Seicc. MILLARES CARLO, p. 107,

dicho (38). Pero que ello no es ser de corazón afeminado. En apoyo de su pensar trae, como siempre, una serie de testimonios de autoridad y de experiencia. Se expone en el ejemplo de San Juan Crisóstomo, de San Anselmo, San Francisco de Asís. Los testimonios se acercan a lo conocido, como el del obispo Fray Damián Cornejo. El resumen es que el que ejerce compasión con las bestias la ejercerá más aún con sus semejantes. La argumentación pasa luego al campo de los gentiles: griegos. Vuelve a la Biblia (Salomón y Exodo). Y termina con una alusión burlesco-despectiva a los cartesianos.

Hemos traído estas citas largas porque ellas por sí solas demuestran que Feijóo fué un hombre en quien las vivencias emocionales del estar y ser para otro se convirtieron en tonalidad endotímica dentro de la estructuración de su personalidad. Bien entendido, repetimos, que no hay nunca erotismo, sino «ágape».

No sólo fué hombre de estado emocional compasivo y lleno de amor al prójimo, sino que disertó sobre ello (39). Nos interesa destacar que el Padre Feijóo distingue tres especies de amor: «apetito puro» (el amor erótico basado en las sensaciones), «amor intelectual

(38) «Es cierto, señor mío, que mi genio en la propiedad de compasivo es cual si vuestra merced se le han pintado. De modo, que no veo padecer alguna bestia de aquellas que en vez de incomodarnos nos producen varias utilidades, cuales son casi todas las domésticas, que no me condeula, en algún modo, de su dolor... Pero esta compasión no llega al que acaso algunos llamarían necio melindro... de meterme a medianero para evitar su muerte. Veo que ésta es conveniente, y así me conformo a que la padezcan» (C. E., cit. MILLARES CARLO, t. IV, p. 108).

(39) «Causas del Amor» (T. C., edic. Millares Carlo, t. III, ps. 137-175), que comprende catorce párrafos. Hay una disquisición teórica sobre el origen y los modos del amor. Lo interesante es la postura personal de Feijóo: «El amor es efecto y juntamente forma del sujeto.» Es la causa *dispositiva*, que no es propia y exclusiva de ningún temperamento ni está adscrita a los humores, sino que se relaciona con el cerebro; origen de toda sensación (p. 158). Es un capítulo de psicología sobre la sensación y la emoción tal como lo podía hacer él en el siglo XVIII.

puro» (el apreciativo, sin conmoción del cuerpo, excitado por la mera representación de la bondad del objeto), y el «amor patético» (que es «el propio de nuestro asunto», «afecto fervoroso que hace sentir sus llamadas en el corazón, que le inquieta, le agita, le comprime, le dilata, le enfurece, le humilla, le congoja, le alegra, le desmaya, le alienta,... humano, o celeste, santo o perverso, ya angel, ya demonio»).

Una vez más el fraile se nos va al término medio. Ni enamorarse de todo, ni ser duros. «No apruebo lo primero, pero abomino lo segundo». «Aquellos... carecen de *elección*... éstos san montaraces... irracionales» (40).

Se extiende Feijóo sobre el mecanismo de la impresión de los objetos en el cerebro y cómo de ello resultan los afectos en el corazón. La sensación del amor en el corazón tiene un movimiento ondulatorio. Y se transmite a través del nervio *intercostal*. Termina con una defensa apasionada de los genios amatorios, frente a la opinión más común de origen baconiano que los despreciaba como espíritus pueriles y afeminados. «Yo estoy tan lejos de ese sentir...» «No se opone, pues, el amor al valor». En la reflexión final hace su retrato: «Si por espíritus altos se entiende un género de nobleza de ánimo, que le inclina a ser dulce, benigno, complaciente, humano, liberal, obsequioso, con-vengo en que los genios amorosos están dotados de esta buena disposición». Feijóo fué un *genio* amoroso.

Se completa el cuadro de vivencias emocionales en Feijóo con las emociones de las tendencias creadora y cognoscitiva.

Ya sabemos que en Fray Benito Jerónimo, la ca-

(40) *Ibid.*, ps. 164-165.

pacidad creadora (su obra) es de talla gigantesca, que ella le sirvió para asentar y crear a su propio yo en el horizonte de la mundanidad; y ahora al enfrentarnos con su alegría del crear vemos también, como dice A. Carrel que «en la alegría de crear se disuelve la conciencia de la propia persona que se diluye en otro y en otros» (41).

Las tendencias cognoscitivas se reflejan en los sentimientos noéticos. La tendencia al saber (en pocos autores se da tan acusada como en Feijóo) busca el mundo como objeto de conocimiento tal como se muestra a los procesos del pensamiento, y da origen a los sentimientos de la admiración y del asombro, la duda y el convencimiento (inseguridad). En estos sentimientos se enraiza el pensamiento y conocimiento en el fondo endotímico. Feijóo hombre emotivo y de alta tensión intelectual no disoció nunca estas dos facetas. Las vivió en completa armonía, de tal modo que nos admira esa su unidad y asociación interna.

Con estas vivencias noéticas se entrelazaban en él el amor extrahumano a las cosas (naturaleza, arte, etc.). Por este amor descubría Feijóo el sentido de integración de todo en el mundo, coronado por lo tanto en la vivencia normativa del sentido del deber en el conjunto de la armonía universal.

Sin embargo reconocemos que en estas emociones siempre se da la presencia de lo intelectual mesurando y ordenándolo todo en la curiosidad y en el afán de experimentación.

Feijóo lleva en la entraña de su carácter esta tendencia hacia las cosas, hacia la Naturaleza.

Pero adelantemos que las cosas, las personas, y los

(41) A. CARREL, *La incógnita del hombre*, Barcelona, Iberia, 1952.

acontecimientos no les seducen (a los apasionados reflexivos) más que por los problemas que les presentan y por el papel que puedan desempeñar en relación consigo mismos y sus intenciones. Esto que se afirma de todos los apasionados reflexivos, en general, es válido ciertamente para Feijóo. Ya antes, al analizar su postura frente al hombre y la sociedad dijimos que Feijóo buscaba no solo el bien común, sino explayar su propia personalidad, inventarse a sí mismo. Ahora frente a las cosas, con esa su curiosidad enciclopédica, busca los problemas por lo que tienen de tales.

No le interesa primordialmente la naturaleza como espectáculo capaz de conmover la sensibilidad del que está frente a ella. Y de nuevo encontramos el rasgo de una *emotividad* dirigida y controlada por la *actividad*. Sólo en contadas ocasiones sale del marco problemático para dejarnos entrever una chispa de su emoción ante el paisaje en su recuerdo (Samos y su tierra). Pero esto no es lo definitivo. Lo que de verdad le define es esa búsqueda incansable de los problemas que encierran las cosas, sean del dominio de la biología (para la que según Marañón tenía una vocación manifiesta), de la medicina, de la física y química, etc. No vamos a demostrar aquí que el Padre Feijóo se interesó por todo eso y que los temas son variadísimos. Esto no hace falta discutirlo porque basta recorrer el índice de su *Teatro Crítico*.

Lo que interesa destacar es en función de qué hizo todo eso, cual era la intencionalidad última, y de qué modo era interesante para el Padre Feijóo.

Acabamos de señalar que la caracterología afirma que las cosas interesan a los apasionados reflexivos por los problemas que les presentan y por el papel que

puedan desempeñar en relación consigo mismo y sus intenciones.

El Padre Feijóo lo confirma con una confesión meridiana.

Tenía el monje ya 74 años y continuaba con su afición a la naturaleza como espectáculo maravilloso (lleno de maravillas no solo bellas, sino problemáticas). Y escribe a Don Pablo Zúñiga Sarmiento: «Prefiero el espectáculo de la naturaleza, que es una obra muy *excelente* y *útil*, a la inmensa colección de noticias (en gran parte superficiales y mal digeridas) del Marqués de Saint-Aubin. Ésta es buena para hablar de todo; aquélla es importante para saber mucho».

Está claro. La naturaleza en su pensamiento es *excelente* y *útil*. Este sentido de utilidad no encajaría con una sensibilidad puramente artística que se recrease en la naturaleza como fuente de belleza. Con esto no afirmamos que el Padre Feijóo no haya sabido paladear esas bellezas, ni siquiera sostenemos que no se haya sentido seducido por ellas. Pero lo que aquí se ve es que esa sensibilidad quedaba sojuzgada por la actividad. Feijóo no emplea un par de adjetivos que revelen su entusiasmo por la naturaleza como fuente de belleza o como confidente de sus sentimientos, sino dos palabras ponderativas desde el punto de vista de la inteligencia: *excelente* y *útil*. La primera revela la admiración provocada por el orden y concierto, por la sabiduría que en ella reina; la segunda nace de la intencionalidad activa del fraile que buscaba —y no quiere decir a lo siglo XVIII, porque esto le nace primordialmente no de las influencias históricas, sino de su carácter— un aprovechamiento personal y social en relación con sus planes. Feijóo cierra el párrafo de su carta con un bordón definitivo: «Ésta —la colección de noticias— es buena

para hablar de todo; *aquella* —la naturaleza— es importante para saber mucho».

En relación con las vivencias emocionales de las tendencias transcendentales ya señalamos que la emoción artística no se da en Feijóo como liberadora, sino como iluminadora y en último término como trascendente hacia lo absoluto.

Pero en cambio son acusadas las emociones metafísicas que caminan sobre todo a través del pensamiento y se muestran en la veneración ante el milagro de las cosas y sus misterios, que lleva anejo el gesto de la humildad ante las leyes del mundo y su armonía, y el rechazo de todo egoísmo y ansia de notoriedad.

Más dominante y claro es su sentimiento religioso, de honda raíz, sustancial. Hemos de reconocer que en Feijóo, y en el horizonte de valores transcendentales, se impone como tonalidad máxima la derivada de su vocación religiosa bien cumplida. Al monje importaron las personas y el mundo, pero sobre todo le importó asentar bien firmemente su existencia individual sobre la vivencia de lo divino. No podemos negar que todo lo efímero, lo defectuoso de la existencia se compensaba y anulaba en él ante lo religioso. Y nadie puede discutir, aunque se hayan querido buscar nebulosidades a su fe, que Fray Jerónimo quiso libremente y realizó con plena voluntad como forma suprema de dar sentido a toda su existencia su vocación religiosa que le unía estrechamente a lo divino. Con claridad se nos aparece su sentimiento religioso con una autenticidad contrastada en la ausencia de temor ante el destino, en la ausencia de preocupación y angustia vital y cósmica, como en quien se sabe religado a un ser Providencial que vela por nosotros y que escapa a toda posibilidad de comprensión humana racional. Nunca encontrare-

mos en Feijóo una desconfianza sobre el sentido del mundo, ni tampoco angustia ante las tribulaciones de su propia vida. Los testimonios que nos da la *Relación* sobre su fervor religioso son abundantes. Ya al final de sus días, en los cinco meses que vivió después del accidente que le privó del sentido del oído, de la facultad de hablar y andar, dió prueba de serenidad religiosa ante ese destino que él sabía le imponía Dios. El P. Moreiras y el lego que le asistió lo testimonian. Lo mismo relata el P. Noboa (42). No fué su piedad o sentimiento religioso un sentimentalismo religioso. Quiiso siempre «depurar la hermosura de la religión de vanas credulidades» y que la piedad fuese sincera y natural (43).

Todo quiere decir, al repasar el modo de tendencias, y emociones, que en el Padre Feijóo dominan y son «rasgos» de personalidad los sentimientos de cordialidad y de la conciencia. Cordialidad que no solo se proyecta sobre las personas, sino sobre animales y cosas. Y en último término sobre Dios mismo. Todo es, visto a luz de esta cordialidad transitiva, de esta concienciación de vivencia y emoción del estar con otro y ser para otro, *religación, vinculación*. Pocos como nuestro fraile se han sentido tan religados a Dios, a la patria, al pueblo, a la naturaleza. Buscando en todo, como es misión de cada individuo, hacerse a sí mismo, fortalecer su yo, en la medida justa en la que todo debe ayudarnos a perfeccionarnos, ser más, para luego salir fuera de nos-

(42) «Todos los días se hacía conducir a la iglesia y allí... hacía los más fervorosos actos de contrición y se veían destilar de sus ojos ardientes lágrimas con que lavaba sus culpas» (NOBOA, *Oración fúnebre...*, p. 5). También el Padre Sarmiento da testimonio en sus cartas de este alto ejemplo de espíritu religioso. Pueden verse también los testimonios del P. Uría. *Breve exposición...*; de ALONSO FRANCO ARANGO; *Oración fúnebre...*

(43) Vid. C. E., II, 11; y Carta a Fray Lucas Ramírez, citada por MILLARES, nota 3, p. 48.

otros mismos y trascender a lo absoluto, bajo la vigilancia de unas tendencias, emociones y mociones de moralidad o normativas que nos permitan estar en el mundo integrándonos en su armonía. Eso quiso y fué Feijóo. Cumplió el deber no tanto por inclinación natural cuanto por el deber mismo. Si fué íntegro consigo mismo, si fué exigente con los demás y comprensivo con todos, hasta con la naturaleza misma, fué porque se lo impuso, en la *intimidad* de su conciencia, su delicado sentido moral.

Resultado congruente de toda esta panorámica es, en la esfera de los sentimientos del destino, su emoción de la espera cara al futuro, vivida con paciencia frente al tiempo y la eternidad. Espera que se transformó en él en auténtica esperanza frente al destino último: Dios. Frente a la misión que asumió con relación a los hombres, sus hermanos. Y frente al universo entero, expresión del dedo laborioso de Dios. Sin embargo hemos de analizar y darnos cuenta que la emoción de la esperanza, equidistante tanto del fondo vital como de la estructura superior anímica, se sostenía más que de exuberancias vitales, de convicciones fuertes nacidas del sentimiento religioso. Por eso, ni angustia, ni temor excesivo del futuro, ni desesperación ni resignación a ultranza son emociones que podamos catalogar como feijonianas.

El umbral vivencial en Feijóo nunca fué bajo. Su mismo equilibrio de personalidad exigía un umbral bien tasado. Ello iba en beneficio de la profundidad que adquirirían las vivencias que en la mayor parte de sus modos fueron más que simples mociones o movimientos pulsionales, estados anímicos persistentes que dieron *carácter* a toda su vida. Fueron el *temple* de su personalidad, al igual que su obra literaria y su estilo crea-

cional se mueven, de principio a fin, dentro de unas líneas constantes en su genética, en su fenomenología apariencial, y en su finalidad última. Fueron aquéllas y éstos, en el monje, un estado disposicional habitual y básicamente vitales. Su entraña equilibrada y emprendedora no podía dejarle caer del lado del humor triste y de la amargura, sino en la vertiente de la jovialidad y del humor fino y contenido. Jovialidad hace aquí referencia no a la alegría ruidosa, sino a la claridad interior irradiada en la alegría de su estilo y obra, llena de ingravidez y de soltura, nunca inquietada angustiosamente por el futuro temeroso, sino inmersa en el gozoso presente y en la perspectiva de un futuro mejorado por la acción decidida del propio crear literario. Si pensamos que a Feijóo le toca vivir una época histórica desencantada y que el ambiente de su España es deprimente visto en la perspectiva del retrato que nos hace cualquier historiador de su siglo, comprendemos mejor el optimismo de su obra y de su estilo de vivir y crear. Inmerso en su presente, luchó decididamente por mejorarlo, pero sin desconfiar nunca de lograr un mejoramiento. Sentado Feijóo en la orilla de su siglo, hundido entrañablemente en todos los hombres y cosas que le rodeaban, sintiendo su pobreza en tantos aspectos, otea avizor el horizonte de sí mismo y de su Patria para alzarse con el ejemplo y la promesa de un mañana superado. Por eso, precisamente, Feijóo es figura prometéica en el acontecer hispánico. Y por ello, precisamente, se aleja —aun cuando lleve el mismo apellido en otras facetas— de los hombres del 98 y de Larra, su precedente. Les llevó de ventaja su optimismo, su ánimo alegre y equilibrado, bien asentado en la transcendencia segura de su yo anclado fuertemente en la divinidad. Nadie, de los hombres del 98, sintió tan hondamente

para sí y para España el sentimiento de la providencialidad y de la fe y confianza en los hombres de la Patria. Ni recelos, ni pesimismo, ni amarguras, teatrales o auténticas. Ni tampoco aislamiento despectivo. Por encima de todo un saberse estar-con y un sentido justo y real del ser-para-otro. Afirmer el yo, crearse a sí mismo, inventarse, sí. Pero nunca con el egoísmo áspero o desdenoso del que envidia la seguridad del patán en las diatribas que contra él lanza. Nunca atosigó con su yo, ni con su afán de notoriedad, ni con su desdén frío y antisocial, ni con la empalagosidad de sus penas interiores. Si las tuvo, se las guardó púdicamente, entendiendo que ello no hacía a su empresa de desengañador de las Españas.

Mas al fin hemos de decir que el monje hizo todo eso no solo porque lo quiso de verdad, sino porque en él había unas condiciones innatas para realizarlo. Que cada uno es como es, y en eso consiste el ser de la propia personalidad.

Y en cuanto a su humor festivo, se enraizaba, como dice G. Marañón, con su clara estirpe galáica. No es lo constante en él, sino lo espaciado en el tiempo y oportuno. No lo chabacano, sino lo ingenioso.

En la proyección de su yo en el mundo con la pesadumbre de su destino individual y la vivencia de su mismidad, muestra Feijóo un vivo sentimiento del propio poder que hizo que se enfrentase siempre audazmente con los peligros y que sobrenadase en los embates por la vida. Su sentimiento fué vigoroso, estético. Este sentimiento estético de la vivencia del yo en el destino mundano revistió en el monje benedictino la forma predominante de la reacción, como corresponde al hombre de personalidad tranquila y alegre, cuyo sentimiento de capacidad para la lucha por la vida se

revela en su postura tranquila ante los peligros del acontecer vital. Su nota característica es el equilibrio. De la modalidad activa en algún modo se da en él, y en especial en su creación literaria, el espíritu emprendedor, lleno de iniciativa propia, no exento de cierta audacia, que él imagina casi de tipo militar y conquista arriesgada (44). No implica este sentimiento estético ni dureza de corazón, ni frialdad o desconsideración, y menos agresividad. Ahora se puede comprender mejor el temple refractario feijoniano hacia la melancolía y la amargura y su decidida inserción en la jovialidad y el optimismo cósmico y frente al propio destino. Apoyado en ese sentimiento estético realza el aire de caudillaje literario, el sentido de empresa, que tiene su obra. Feijóo sabía muy bien que la confianza en su obra entre el numeroso público lector que él se imaginaba y que quería conquistar (de ahí su aire conversacional, directo, como en presencia de concurrencia) dependía de la demostración de confianza de él en sí mismo. Todos han reconocido que su obra se inserta en esta línea (45).

Y se acuerda con ello su cierto aire de rebeldía literaria y científica, su afán de no admitir sino lo que es lógico y razonable, sin papanatismos de argumentos de autoridad. También el aire polémico de gran parte

(44) Vid. dedicatoria del cuarto tomo de *Cartas Eruditas*: «Acaso (¿qué sé yo?) me ganó el afecto de aquella animosa Nación haber reconocido en mi rumbo literario cierta imitación de genio: de aquel genio, digo, cuyo elástico impulso naturalmente rompe hacia empresas altas y peligrosas; de aquel orgullo arrogante, que, no cabiendo dentro de todo el mundo conocido, se ensanchó por millares de leguas...; de aquel noble aliento... (imitar) la magnanimidad de aquellos ilustres Conquistadores; pues no podían mirar mi empresa sino como extremadamente ardua, extraordinaria, peligrosa. Combatir errores envejecidos, es lidiar...» (C. E., IV, ps. VI-VIII).

(45) «Al apuntar Feijoo a su público inmediato, más que al público de siempre, crea lo que Ortega y Gasset ha llamado obra operante, sin gran valor artístico... La importancia de su influencia literaria, mayor que su arte, confiere a Feijoo un lugar especial en el desarrollo del ensayo español» (MARICHAL, o. c., ps. 177-178).

de su creación. Hasta se explica en este sentimiento estético la caída en la desconsideración en algún momento de esas polémicas (46). Feijóo sale hacia el mundo de las personas y las cosas, a través de su crear literario, con un aire espontáneo de conquista, moviéndose con desenvoltura y suficiencia.

El modo de la vivencia de este sentimiento estético le venía a Feijóo más que del turgor vital, su biotono, del influjo consciente de su propio valer y del discurrir vital desde su infancia, al que no es ajeno el aire de prosapia de los Feijóo y Montenegro.

El carácter apasionado (Feijóo lo fué) parece ser, además, esencialmente dominante. Esta tendencia dominadora se vivencia en el sentimiento estético. Pero la dominación fué en él no impulsiva ni adusta, sino comedida, reflexiva, y hasta generosa: «Yo no puedo con honor abandonar tantos ignorantes, entre quienes miro muchos como conquista mía» (47).

Señala Marañón que «la vida social de un grande hombre no cobra su verdadero significado hasta que no empieza a crear». Y es cierto. La vida de Feijóo adquiere su total dimensión cuando se abre, a través de su obra literaria, al mundo social.

Esa voluntad decidida de actuar (48) se transparente en el tono normativo de su estilo y de su obra. Pero se daba cuenta que la eficacia dependía de la captación del público. «Era habilidad suya interesar a las muchedumbres», escribe E. P. Bazán. Había en él una fe en el prójimo, capaz de mejorarse; y confianza en la

(46) Contra Mañer, p. e.

(47) C. E., II, XXXI.

(48) «Lo fundamental en él es el afán individualizante, la aspiración a relacionar, dinámica y combativamente, la realidad circundante con su persona» (MARI-CHAL, o. c. Cf. también C. E., I, XXXV, 8).

palabra humana como medio de comunicación. La comunicación ha de tener siempre, según la expresión feijoniana, *tino mental*, es decir, capacidad persuasiva para «mover, atentas las circunstancias, a los oyentes o lectores» (49). Habla de oyentes, también, porque el monje tenía sobre todo fe en la palabra hablada. Fué un gran platicador, patriarca ininterrumpido de su tertulia conventual.

Ganó a su público lector y se hizo su amigo. «Es de los escritores que a poco de manejados, hacen del lector un amigo» (50). Marañón agrega: «Nada puede dar idea del éxito de un libro como esto de que su lectura nos ligue de amistad con su autor... porque es la señal cierta de que su alma está infundida en sus páginas y de que éstas se han hecho porosas milagrosamente al alma del lector» (51).

Feijóo fué duro con los errores, combativo y ardoroso con los necios petulantes, y comprensivo con los lectores y con el vulgo. Su gran conocedor, Marañón, tiene buen cuidado en subrayar que «su condición apacible le duró hasta la vejez avanzada que logró alcanzar».

Se alzó contra los reyes imperialistas, contra los ricos ociosos, contra jueces y escribanos venales, contra los pordioseros de oficio, contra los malos sacerdotes, contra los nacionalistas intransigentes. Atacó a las beatas, a los profesores pedantes y dogmáticos, a los usureros, a los petimetres, a los políticos de oficio. Fué un rebelde frente a muchas cosas: creencias vanas del pueblo, de la medicina, de las ciencias, de la

(49) C. E., II, VI.

(50) E. P. BAZÁN, *Estudio crítico*, p. 163.

(51) MARAÑÓN, *Ideas*, p. 79. Bien vale el testimonio para afirmar que estilo y personalidad se insertan en las mismas coordenadas.

filosofía. Como todo rebelde adopta una postura combativa y dominadora. M. Pelayo le ha llamado insurrecto; Montero Díaz, sublevado genial; Azorín, aunque reconoce que fué «comprensivo, humano, piadoso», dice que «se nos aparece como un rebelde».

La moderación que en todo ello puso el monje le nacía de su raíz caracterológica, la que está en la base de todo auténtico apasionado reflexivo: «Deben generalmente a una menor tendencia a la dominación violenta (pueden ser incluso notablemente conciliadores), a un campo de consciencia más ancho y a una cierta extraversion, lo que en ellos representa un comportamiento amable y cordial» (52).

Con esta raíz caracterológica marcha a la par la conciencia de estimación y sentimiento del propio valor, que en Feijóo se apoyó tanto, o más, en el propio y honrado sentimiento de su conciencia como en el testimonio de quienes le rodeaban. Creemos que el centro de gravedad de esa autovaloración se desplazaba ligeramente en Fray Benito Jerónimo hacia el interior, es decir que no se consumió nunca en el sentimiento de aprecio, de consideración, de respeto, gloria y aplauso. Y mucho menos en la envidia. Tampoco se disoció en él en sentimiento del propio valor y conciencia de notoriedad. Sabía bien Feijóo de su notoriedad. Mas siempre la refirió justamente, y no con falsa humildad, al criterio exacto que él mismo tenía de su propio valer. Por eso nunca revistió en él ni horizontes reducidos (incapacidad de crítica), ni sentido demoníaco. Nos inclinamos a pensar que ese sentimiento elevado del propio valor (que por otra parte en Feijóo sufrió no solo el control del equilibrio de su propio

(52) A. LE GALL, *Caracterología*, p. 231.

carácter, sino el de su sentido profundamente religioso de la dependencia de la criatura de su Creador) revistió en Feijóo un peculiar pathos de la nobleza: sentimiento de una cualidad selecta, cimentado en la conciencia de lo que uno es, y manifestado en la serenidad que evita lo brusco y lo precipitado.

Conjuntamente con ese pathos de nobleza hay en él un sentimiento mediato-objetivo derivado de la dedicación exclusiva a una única tarea, dentro de la diversidad temática de su obra: debelar errores, hacer luz sobre las cuestiones que trataba. Lo importante de esta segunda faceta es que el sentimiento del propio valor se fundamenta en virtud de la obra que se realiza.

He ahí las dos vertientes: la introvertida en el pathos aristocrático; la extravertida en la obra que se crea. Y como siempre el equilibrio entre los dos extremos que no se dan en forma exclusiva.

Como coronación de este sentimiento se dió en Feijóo un alto sentido cósmico en la vivencia del sentimiento de la seriedad como responsabilidad ante su mismidad individual de ser en el mundo con fines trascendentes y ante la tarea a realizar en las formas de la convivencia con los otros, para quienes Feijóo tuvo una preocupación especial y el sentido de un deber ineludible que cumplió con una preocupación constante y con altas exigencias éticas. Todo dentro de un horizonte optimista como temple básico del vivir y quehacer y de un hálito humorístico-amable que sazona de vez en vez los trabajos y los juicios. Aquél, el optimismo, es temple básico; éste, el sentimiento mundano del humor es moción ocasional. Humor que es entrañamiento cordial en las cosas y en los hombres.

En el sector externo de las vivencias adquiere especial relieve en Feijóo la aprehensión intelectual o

procesos noéticos. Con este pensamiento noético está íntimamente vinculado, por ser su vehículo, el lenguaje. Para Feijóo el lenguaje adquirió su plenitud significativa, su valor máximo de expresión, en la exposición del mundo y de la realidad, a través de la intimidad de la vivencia. Es fundamental hacer hincapié en esta última aserción «a través de la intimidad» porque ahí, en esa modalidad radica su voluntarismo de estilo y su afán personalizante de erguirse individual y único entre todos los que escriben.

Feijóo sentía una gran veneración por la palabra, y un alto concepto de su poder persuasivo y aclaratorio. Sobre todo lo dijo y lo sostuvo de la palabra hablada (53). «De ahí que Feijóo, como Unamuno, tienda a dar a su prosa el aire cálido del lenguaje conversacional». «La actividad literaria de Feijóo es, justamente, buena plática y no desahogo. Y ese su aire de buen platicador es su rasgo literario más valioso y su cualidad humana más preciada» (54).

Es preponderante el papel del pensamiento en el conjunto de la vida del monje de San Vicente, tanto en su función intelectual como espiritual. Incansablemente con la palabra como medio expresivo buscó la iluminación noética del mundo circundante para darle en último término —vertiente espiritual del pensar— un horizonte objetivo de sentido trascendente. Por eso, precisamente, el intelectualismo feijoniano no es nunca puro racionalismo, sino visión intelectual cordial. Nunca para Feijóo pudo ser válida la afirmación de que el espíritu sea antagonista del alma. En él se ensamblaban armónicamente ambos valores. Fué en este aspecto un anti-

(53) «Mejor que los mejores libros es la buena conversación... La lengua escribe en el alma, como la mano en el papel» (T. C., III, XII, 29).

(54) MARICHAL, *o. c.*, ps. 175 y 183.

cartesiano. Cuando investiga la realidad para medirla y sujetarla en la forma lógica del pensamiento no se agota, sino que trasciende a los valores de sentido que ya no son mensurables, sino cordiales. Jamás en Feijóo la vertiente intelectual supuso una estrangulación de la ideal-espiritual. Sobre todo porque la investigación feijoniana sobre el mundo y su *cómo* tampoco se agota en sí misma sino que tiene como último fin la acción modificadora sobre sus lectores. Lo hemos señalado: su obra es investigadora, pero sobre todo «operante».

III

Y A estamos en la estructura superior de la personalidad. El pensamiento y la voluntad, como funciones del yo, dan a esta parte una claridad y concienciación en la que se percibe uno mismo como punto de partida e iniciador de los procesos anímicos. Por medio de ellos gobernamos nuestra conducta.

Se da en Feijóo una mutua referencia armónica entre estas funciones del yo y las tendencias y vivencias emocionales. En esa cooperación se dió el alto grado que tuvo Fray Benito Jerónimo del «si mismo personal», siendo los dos núcleos de él la conciencia moral y la cordialidad.

Los procesos de la estructura superior de una persona tienen su importancia caracterológica también. La índole del pensamiento y la actividad voluntaria son ejes importantes en la configuración última del carácter.

En primer lugar hemos de referirnos al hábito noético feijoniano que se nos aparece en su capacidad de abstracción, en su capacidad de juicio y razonadora.

Es evidente que Feijóo fué una personalidad dotada de gran amplitud de campo de consciencia.

No se trata aquí de lo que habitualmente entendemos por individuo de «espíritu ancho» o de «espíritu estrecho», (tolerantes, comprensivos o severos y anti-sociables).

Esa es una actitud del espíritu. Y lo que nosotros buscamos es un rasgo de carácter que repercute ciertamente sobre las formas de las concepciones, el estilo del espíritu, la expresión de las ideas y de los juicios, y que además procede de más lejos. No es, pues, una manera de pensar, sino una manera de ser, y una manera de ser que, entre otras, determina la manera de pensar, pero no a la inversa.

Cuando miramos un paisaje sin detenernos en ningún detalle especial nuestra consciencia permanece abierta, distendida, ancha. Si, por el contrario, nos esforzamos en oír un ruido nocturno o si concentramos nuestra atención en una lectura difícil, cerramos nuestra consciencia a cuanto no sea ese ruido, esa lectura. El espíritu contrae su abertura hasta el máximo, de la misma manera que para obtener imágenes de una especial nitidez cerramos el diafragma de un aparato fotográfico.

Cuando estudiamos el carácter aplicamos eso y decimos: Cuando un ser individual acostumbra a ver las cosas, los acontecimientos, los seres, en una vasta perspectiva, relacionándolos rápidamente unos con otros, comparándolos, situándolos en conjuntos, separándolos vivamente de la impresión personal para no ver entre ellos más que un caso entre otros, obrando con facilidad y sin ataduras, se dice que es un carácter ancho.

Esa amplitud se manifiesta en las inclinaciones

numerosas y variadas y en las posibilidades de atención simultánea. Habrá siempre, en el momento de un presente, un problema que se instala en el centro de la consciencia, pero dicho problema no impedirá que haya otros problemas, aficiones, inclinaciones que ocupen sin molestia las franjas marginales de esa *consciencia*.

La amplitud y estrechez de este campo de consciencia funcionan casi como si se tratara de una ley física: *la intensidad de las impresiones y de las acciones del carácter están en razón inversa a la amplitud del campo de consciencia*.

La amplitud caracterológica impone a los individuos que la llevan consigo un cierto desorden, una curiosidad general y siempre disponible. Si además el amplio de campo de consciencia es activo como Feijóo, trabajará todas las materias, se sentirá solicitado por todos los acontecimientos.

No vamos a desmenuzar cada punto, pero para cualquiera mediano conocedor de Feijóo es patente que su *Teatro Crítico*, con sus mil temas, y sus *cartas Eruditas*, revelan ese *cierto desorden*. Son libros como cajones de sañre en los que puede entrar todo; lo que Baroja llamaría libros-saco. Que en la obra del Padre Feijóo se manifiesta una curiosidad variada y casi descomunal, monstruosa, siempre disponible para todo lo nuevo que surgía entre nosotros o allende nuestras fronteras, nadie lo duda. Que por ser un activo fué un trabajador incansable, y que por ser trabajador y activo trabajó casi todas las materias, también lo sabemos. Nos bastaría ver los índices de sus libros, o los diccionarios que exigieron, o la misma afirmación de Feijóo.

Nos hallamos, con evidencia, ante un apasionado reflexivo de campo de consciencia ancho.

Además esta amplitud tiene relación con los modos

de la inteligencia del individuo. Es un error creer que la inteligencia es un dato independiente del carácter. Siendo la inteligencia una virtualidad que la personalidad moviliza de un modo diverso en la tensión y en la forma, es falso disociarla del carácter.

La inteligencia se reviste de un número variado de formas, y hasta es probable que cada individuo posea una forma de espíritu que le es singular. Es lo que vamos a intentar investigar en el Padre Feijóo, pero valiéndonos de las clasificaciones admitidas, como puntos de referencia. Es norma que hemos de aceptar como válida dentro del intento metodológico que propugnamos.

Hay una inteligencia *concreto-intuitiva*, caracterizada por la necesidad demostrada por el espíritu de continuar, más allá de la adolescencia, razonando sobre los objetos, los movimientos y las relaciones presentes en su experiencia inmediata. Nos parece que éste es el caso de Feijóo, y hallamos la comprobación en ese su afán continuado a lo largo de toda su vida de desentrañar la razón de todo lo que abarcaba el panorama de su vivir. Es obvio a todos que el benedictino nunca aceptó por las buenas nada de lo que llegaba a su conocimiento; que sobre todo ello razonó incansablemente embarcado en una especie de empresa gigantesca que él emprendió con aire conquistador y además ciertamente quijotesco. Por eso pudo bautizarlo como «caballero andante del buen sentido» don Américo Castro. (55)

Así pues, si las relaciones de la inteligencia y del carácter son múltiples y sutiles, hemos de agudizar nuestro espíritu para explorar el mundo de la inteligencia feijoniana. Creo que podemos afirmar sin error que

(55) En su libro *Lengua, Enseñanza y Literatura*, Madrid, 1932.

su inteligencia se revistió de una modalidad que propondría generalmente hacia lo concreto. Y que cuando su razón, por falta de elementos de juicio, no pudo llegar a la conclusión exacta, suplió el bache con su intuición (puesta de manifiesto en muchas cosas concretas: métodos de curación, que adivinan los hallazgos de la psiquiatría moderna; adivinaciones estéticas posteriormente logradas; intuiciones sobre temas científicos (ej. de máquinas electrizantes); esa intuición que Azorín ha calificado de «fina y dedicada».

Si aceptamos como buena la demostración de que Feijóo es un carácter de campo de consciencia amplio (y ello parece evidente) hemos de aceptar lo que es principio científico: que la inteligencia analítica (o diferencial) es correlativa del campo de consciencia estrecho, y que la inteligencia *sintética* (o identificante) se relaciona manifiestamente con la amplitud de campo de consciencia. Y entonces afirmamos que la modalidad de la inteligencia concreto intuitiva de Feijóo es ser *sintética o identificante* . Al menos así se nos aparece.

En caracterología se dice que los apasionados reflexivos poseen una sólida rapidez de inteligencia, el don de la observación y que a sus ojos la razón el principio básico. Casi podríamos decir que quien eso formuló tuvo a la vista la imagen real de lo que fué Fr. Benito Jerónimo Feijóo. Era hombre inteligente. «Ingenio igualmente despierto como pronto y de una singular comprensión» (56). Que poseía esa cualidad fué del dominio público. Que su inteligencia estaba mejor dotada para lo concreto, lo afirma Marañón: «Sus

(56) *Relación de los monjes de S. Vicente de Oviedo al P. General Antonio Sarmiento.*

ideas médicas y en general biológicas son, creo yo, lo más perdurable y significativo de su obra» (57).

Fué un hombre solicitado por *el cómo* de todas las cosas, y eso le impidió ser inventor o realizador. Se le ha reprochado que no realizó ningún descubrimiento. Y añade Marañón: «Es verdad. Fué solo el apóstol de toda una cultura». Pero preparó el camino a los descubridores en esos diversos asuntos que llamaron y retuvieron su atención (58). Y porque lo esencial en él es, como ha puesto de manifiesto Marichal, su voluntad personalizante, «hablará de cómo hacer historia, de cómo se debe filosofar, de que se debe cultivar la ciencia experimental, pero no será historiador, ni filósofo, ni hombre de ciencia».

Y ahora vamos a tratar de buscar una explicación caracterológica al matiz peculiar de la creación literaria de Feijóo. Su obra mejor es, hemos apuntado citando a Marañón, la de carácter científico y biológico. Y esto se explica teniendo en cuenta el carácter de su inteligencia. La pura creación artística exige en el sujeto creador un tipo de inteligencia imaginativa que Feijóo no poseyó. Tampoco tuvo una emotividad exuberante y delicada al mismo tiempo. Esta faceta de su carácter estuvo siempre al servicio de la actividad secundaria que en él dominaba. Encontramos entonces la explicación última de esa mala fama que ha tenido el estilo feijoniano desde el punto de vista meramente artístico, y el poco entusiasmo que han despertado sus creaciones poéticas. A Feijóo le tentó la poesía, según el testimonio de sus biógrafos, en su primera fase de creación. El P. Noboa escribe: «antes que supiese las calidades

(57) MARAÑÓN, *o. c.*, p. 27.

(58) *CF. T. C.*, V, III, 24.

de la poesía hizo excelentes versos». Es decir, en un momento vital en que las mismas condiciones fisiológico-psicológicas hacen que aún en los menos emotivos se hiperemotice la sensibilidad. No hay una cronología establecida de sus versos. Pero los datos que algún día se aporten no pesarán demasiado en contra de lo que aquí decimos. Y pese a los esfuerzos admirables de los entusiastas de su poesía, llevados del gozo que produce el hallazgo de rasgos felices, aquella nunca contará gran cosa en la obra de Feijóo. Estamos de acuerdo en que de vez en vez surge el hallazgo feliz. Mas negamos la inspiración sostenida, la sensibilidad honda y fina. Es decir le concedemos una finura en ciertos momentos, nacida más de la emoción, controlada siempre por la inteligencia, que de la pura emoción estética. A lo más, se puede llegar a demostrar que fué alguna vez un poeta *elegante*, más no aspiremos a que nos conmueva. Y esto sucede así no porque Feijóo haya vivido en el ambiente poético del siglo XVIII, aunque esto haya contribuido a ello, sino por ser quien era, como venimos demostrando.

Pero aún suministra otros datos la caracterología. De los apasionados reflexivos dice que en general sienten desinterés por el arte y que no tienen para él ninguna predisposición (se entiende aquí *arte* en el sentido de la pura creación estética). Y esto sucede porque su emotividad está demasiado vinculada a su actividad. Por lo tanto, no tienen demasiada predisposición para contemplar, ya que la contemplación es una parada o una marcha atrás, y ellos no comprenden más que avanzar y construir. Se hace la salvedad de que a base de una educación esmerada se pueden lograr algunos resultados. Suelen encontrarse igualmente más a gusto con las ciencias experimentales y las matemáticas que con las

letras o estudios históricos, no redactan trabajos brillantes, llenos de entusiasmo, como lo hacen los sentimentales, los coléricos o nerviosos. Sino que componen sus páginas un poco como problemas que tratan a golpes de lógica (59).

El estilo y la creación literaria del Padre Feijóo, repetimos, es el propio de una obra *operante*, que tiene en cuenta el público lector a quien va dirigida con una finalidad concreta, bien conocida por el autor, y doble en su proyección: debelar errores, conquistar un público, instaurar la razón, contribuir al progreso humano, por un lado; y por otro proyectarse a sí mismo, modelar su propia personalidad, inventarse a sí mismo.

Los testimonios unánimes han visto en el estilo literario de Feijóo su exactitud diáfana, su carácter científico, lo que hizo que sus contemporáneos le reconociesen como excelente y magnífico literato. No llegare a decir con el P. Flórez que su estilo es único, porque a la verdad vale más por la forma única de proyectarse que por el valor absoluto que pueda encerrar.

Tampoco estamos de acuerdo con la opinión de M. Pelayo cuando le reprocha, además de los galicismos, la calidad de su sintáxis. «Lástima que hiciera perder, el primero, a nuestra sintáxis la libertad y el brio, atándola a la construcción directa de los franceses» (60). Opinamos que Don Marcelino generalizaba demasiado al afirmar que era el primero, ya que en nuestra literatura hay estilos sintácticos anteriores a Feijóo más o menos rígidos, y creemos también que en el juicio hay algo de pasión personal, por el choque que en él debía producir un estilo en desacuerdo con el suyo. Feijóo fué

(59) Cf. *Characterologia*, de A. LE GALL.

(60) *Heterodoxos*, lib. VI, cap. I, p. 87.

un apasionado reflexivo con un autodomínio casi absoluto de sus emociones, y M. Pelayo un apasionado colérico exuberante en sus manifestaciones, aún las estilísticas. No pensó, pues, D. Marcelino que esa rigidez que él reprocha a la sintaxis de Feijóo es fundamentalmente consecuencia en el benedictino de la esencia de su carácter y de la calidad de su inteligencia, antes que de su afrancesamiento (ese afrancesamiento fantasmagórico que nosotros no vemos por ninguna parte). Feijóo, hombre ordenador, razonador, reflexivo, necesitaba un vehículo de expresión adecuado a su modo de ser. En eso estriba, precisamente, la esencia del estilo, y por eso estamos sosteniendo que el estilo es índice revelador del carácter de una persona.

E. P. Bazán se coloca en un ángulo certero. Negó al P. Feijóo un estilo acabado desde el punto de vista estrictamente artístico. Y eso es cierto. Pero lo fué no porque Feijóo lo haya intentado y haya fracasado. Sino porque Feijóo fué fiel a sí mismo y nunca se lo propuso.

En general, los más reconocen que su prosa es «fluida y clara y de una precisión diamantina», como afirma Montero Díaz. Y esto sí que es lo que se proponía el Padre Feijóo.

Cuando Marichal insiste tanto en la *voluntad* de estilo de Feijóo y en que este estilo fué autoimitación, nos está diciendo que Feijóo fué fiel a sí mismo, y que por lo tanto no hemos de pedirle más de lo que en él había.

Fué inteligente Feijóo cuando eligió, y casi inventó, el género literario llamado ensayo para molde de su obra.

El ensayo había existido en España desde Alonso de Cartagena, y era ni más ni menos que la expresión escrita de esa tendencia hispánica que se ha bautizado

como *senequismo literario* y que consiste como ya decía Gracián en «discurrir a lo libre». Siendo Feijóo un activo de campo de consciencia amplio, solicitado por muchos temas, había de elegir el molde que le permitiese verter en él todo el vario caudal de sus reflexiones, autoafirmándose así mismo. Añádase, además, que el monje tiene voluntad decidida de *operar*, de actuar con sus escritos sobre la sociedad y que aspira a llegar al mayor número de lectores.

Éste escritor enciclopédico y ensayista que mira atentamente hacia su público es el Feijóo de toda su obra.

En el género antisistemático de los ensayistas hay sobre todo una voluntad decidida de realizar la propia personalidad, ya que toda creación objetivamente estructurada cubre la individualidad concreta del hombre, dice Marichal.

La amplitud del horizonte noético de Feijóo hay que ponerla en relación, a su vez, con la independencia y espontaneidad del pensamiento. Parecería que la amplitud de temas obligó a Feijóo a una dependencia del pensar ajeno. Y de hecho el método feijoniano es el de exponer distintos pareceres, ya históricos, contrastarlos y revelar al mismo tiempo su opinión propia. Es un examen de lo opinado por otros y conocido por él, para en la última parte de cada artículo expresar su postura personal coincidente o no. Ya hemos señalado que no fué ni un inventor, ni un creador de..., sino un creador del *cómo*.

También es cierto que la movilidad de su pensamiento disparado en la multiplicidad de temas le hizo perder en profundidad. De ello se dió cuenta Feijóo, y voluntariamente se propuso ser así. Porque en él voluntad y pensamiento anduvieron acordes. Mas es inne-

gable que la autonomía del pensamiento feijoniano se dió en la espontaneidad con que eligió temas y en la decisión personal de no admitir nada como definitivo, sin someterlo a un examen sobre su autenticidad y exactitud, para elaborar autónomamente ese material que le proporcionaban sus lecturas y sus experiencias con el fin de enriquecer sus propios conocimientos.

Hemos de reconocer el alto grado de la inteligencia de Feijóo que se sumaba a su espiritualidad. Inteligencia y espiritualidad son procesos del pensamiento, pero la segunda va más allá del ingenio para descubrir los contenidos de sentido y la estructuración trascendente de todo lo mundano en un orden superior al mismo hombre.

En cuanto al voluntarismo de Feijóo, tantas veces aludido en lo que respecta a su estilo, se caracteriza por una buena capacidad de decisión, planteando metas claras a su voluntad. Hay que tener en cuenta que la facilidad de decisión está íntimamente relacionada con la armonía estructural de todos los estratos de personalidad, rasgo el más sobresaliente del conjunto psíquico del monje. La capacidad de decisión se sumó siempre a la autonomía de los fines. Si lo han tildado de insurrección o sublevado genial ha sido precisamente por esa autonomía. Esta autonomía se relaciona íntimamente con el sentimiento del propio valor que Feijóo tenía de sí mismo y con lo que llamaremos su «fuerza de voluntad». La fuerza de voluntad se mostró en él por la capacidad de organización de sí mismo y de lo recibido del exterior.

Fué exigente consigo mismo en la ordenación de su mundo interior. A ello contribuyó el género de vida y el modo de enfrentarse con ella que le imponía su vocación religiosa.

Pero también fué un hombre enérgico en su proyección sobre el mundo externo. Sin adquirir un sello hostil, sino con una serena alegría, su actividad dominante destacó como rasgo esencial de su carácter. Ya hemos señalado antes que no solo fué tendencia o vivencia emocional, sino sobre todo «fuerza de voluntad».

La actividad, en sentido caracterológico, no tiene más que un signo: ya sea ostentosa o secreta, manifiesta una necesidad íntima y casi constante de modificar lo dado, de imprimir un nuevo sello a las cosas, a los sucesos, a los seres y a sí mismo. Lo que la constituye en una tendencia asidua a descubrir, a buscar, o a crear las ocasiones de obrar.

En los apasionados reflexivos la actividad es elemento predominante sobre la emotividad. Y así sucedió con el Padre Feijóo: su actividad, es decir su capacidad de modificar lo dado, de imprimir un nuevo sello a las cosas, domina toda su vida. Fué un activo a ultranza.

Su condición de trabajador es su cualidad, su virtud más sobresaliente. Ya hemos dicho que nos asombra su actitud ciclópea para la creación, destacando sobre todas las circunstancias de su vida la magnífica laboriosidad.

Situados ya en la panorámica total de la estructura de personalidad en Feijóo podemos considerar el desplazamiento caracterológico de acento vivencial. Señalamos que en él no hay un visible desplazamiento ni hacia lo sentimental, ni hacia lo intelectual. Es decir que no tuvo el centro de gravedad exclusivamente en los sentimientos, ni tampoco en las funciones intelectuales. Si acaso advertimos un cierto predominio —no capaz de ser rasgo de tonalidad— de lo intelectual.

Nunca el sentimiento positivo que en él existió impidió la posibilidad y capacidad de crear una imagen

de la realidad mediante claras diferenciaciones conceptuales, juicios certeros y un pensamiento lógico.

Tampoco encontramos en Feijóo el rasgo definitivo del hombre predominantemente intelectual: el desapasionamiento (la actitud hacia el mundo y la vida que intenta considerarlas friamente como elementos experienciales de laboratorio).

Existen individuos que son capaces de experimentar sentimientos, pero al mismo tiempo carecen de confianza en ellos. De ahí nace el aire un si es no es escéptico del monje. Y por esa brecha se inclina más hacia la vertiente intelectual que a la sentimental. Mas lo evidente y de tonalidad general es la armonía estructural. «La correcta relación recíproca de los estratos, su armonía sin perturbaciones, constituyen la imagen ideal de la estructura de la personalidad psíquica» (61).

Sí hubo un predominio en Feijóo, ya proclamado, del voluntarismo. La voluntad en su papel rector y represor no se dejó engañar nunca por estados emocionales o por desvíos intelectuales. Lo dispuso y lo ordenó todo: su vida íntima y su creación literaria (estilo y fin último de la misma).

Por eso mismo Feijóo es alternativamente, y en la medida que quiere su voluntad, un hombre introvertido o extrvertido.

Introversión y extraversión equilibradas son signos propios de los caracteres apasionados reflexivos.

La extraversión implica confianza en los demás; la introversión conduce a la reserva, a la meditación secreta. Ciertamente que estas tendencias no se adscriben a ningún tipo de carácter, pero su dosis equilibrada suele darse general, en tipos como el de Feijóo.

(61) R. THÉLÉ, *Persona y carácter*, 1940.

En los apasionados reflexivos la extraversion y la introversión se completan, ésta tomando a aquélla a su servicio.

Para la acción el apasionado reflexivo se vuelve al exterior; pero tanto para meditar la acción como para determinar su pensamiento, se referirá a sí mismo. Y además, la influencia de la amplitud de consciencia y la dominación mesurada, hacen que su extraversion sea siempre electiva: los apasionados reflexivos siempre eligen.

Si ahora buceamos en el estilo feijoniano nos encontramos con que en el maestro benedictino se da esa contención de extraversion y ese ensimismamiento activo. Es decir que Feijóo meditó mucho, tuvo una rica vida interior, pero no para quedarse en sí mismo, sino para proyectar su yo sobre el mundo. No creo que sea necesario insistir en su aptitud para la reflexión, en sus largas meditaciones, en su capacidad para la soledad y el aislamiento. Ni tampoco advertir que la intencionalidad última de ese vivir hacia dentro se completaba en una segunda fase de proyección externa sobre los problemas patrióticos, sociales y culturales.

Ese equilibrio entre extraversion e introversión que en él encontramos se manifiesta en toda su actividad y conducta. Por un lado Feijóo es un hombre meditador, enemigo de tumultos y de la vida social abigarrada (No quiso nunca salir de Oviedo —su soledad provinciana,— ni residir en la Corte) y por otro lado es el hombre afable, ameno conversador, y como hemos dicho, patriarca de una tertulia amable conventual. Pero desde su retiro oteaba el horizonte entero del mundo a través de las gentes que hasta su celda llegaban y de las cartas que de los rincones apartados le traían en número abrumador. He ahí la doble vertiente, la conjugación

exacta de su extraversion de su intraversion. No tendríamos razón de hablar de este equilibrio por el solo enunciado de esta postura, si a ella no hubiese seguido y precedido al mismo tiempo otra intención. Feijóo se interesaba por todo lo que ocurría en el mundo, sin estar inmerso en él, no por el puro placer de la curiosidad intranscendente, sino para elaborar esos datos que hasta él llegaban y traducirlos en una fuerza operante capaz de transformar la situación histórica de su patria con la que él se mostraba disconforme precisamente porque la amaba.

De un lado quedan, en los escritos feijonianos, los temas de su *Teatro Crítico* que implican el sentido extravertido, limitado por una introversion previa. Elaborado el tema en la reflexión interior, a su vez provocada muchas veces por un estímulo externo, se proyecta hacia campos diversos de las actividades humanas. De otro está el sentido más intimista de sus *Cartas Eruditas*, curiosas, que siendo más introvertidas, apuntan no obstante, como su título mismo indica, hacia un campo de actividades múltiples. Incluso en las cartas particulares, las que conocemos a través de lo publicado por Marañón, hay siempre una extraversion manifiesta pero equilibrada.

Es posible que el símbolo de ese equilibrio lo encontremos en el Feijóo buen platicador, pero en un tono intimista, como en sordina. Porque es platicador aún escribiendo. No reflexiona ni habla para sí mismo, sino para el vulgo numeroso que va conquistando.

Advertimos que según él mismo decía «el hablar no es tanto aprender cosas como sugerirlas y como encender la actividad del propio entendimiento».

El P. Baltasar Diez en la *Aprobación* al T. C. V, VII, escribe: «su elocuencia incomparable y su vasta

ilustración en todas las facultades, son tan notorias a los que leen sus escritos y mucho más a los que gozamos de su *amena, sabrosa y dulce* conversación».

Este equilibrio era perseguido como ideal por Feijóo, y propuesto como modelo. En las *Cartas*, V, XVII, 9, se lee: «Podría sucederme lo que a otros, que algunos pocos días del año gozan una accidental alegría y en todo el resto están minados de la tristeza. Más la verdad, si no me engaño, es que mi conversación sigue por lo común la mediocridad entre jocosa y seria: lo que proviene también en parte del *temperamento* y en parte de la *reflexión*... El comercio común puede mezclar oportunamente lo festivo con lo grave».

Cerramos este apartado con las certeras y adivinatorias palabras de Marañón: «Los hombres de alta tensión intelectual aman y necesitan igualmente la soledad y la conversación».

El rasgo supremo de la tectónica de la personalidad de Feijóo es su autenticidad que es producto de la conjunción armónica de todas las estructuras. Autenticidad en sus tendencias y emociones por la correspondencia exacta entre su interioridad y su fenomenología apariencial desprovista de todo artificio, máscara o fingimiento en más o en menos. Nunca da la impresión de hueco, de vacío; y siempre es vivido realmente en su proyección externa. Autenticidad en la esfera de la voluntad, queriendo de verdad todo cuanto se propuso, queriéndolo con todo el peso de su existencia. Autenticidad del pensamiento, no solo en la corrección con las leyes de la lógica y la coincidencia con la objetividad, sino por la correspondencia con las convicciones íntimas, con la vida entera del fraile. Y ya en la cúspide de la transcendencia, autenticidad del ser moral y de los juicios de valor, en su vida y en su obra.

Tanto en los procesos de interiorización, cuando actúa la sustancia anímica centripetamente, como en los de exteriorización —acción centrífuga— es auténtico. Es decir se corresponde y nacen directamente de su intimidad las expresiones externas de sus sentimientos, de sus tendencias, de sus voliciones y pensamientos.

Esta autenticidad comprobada y visible de Feijóo es el fundamento de su singularidad como hombre y como creador literario. Fué siempre uno consigo mismo.

Lo que Feijóo afirmaba de su estilo («Todos han conocido que mi estilo siempre es mío, siempre tiene un carácter que le distingue de los demás estilos»), lo hubiera podido afirmar de sí mismo: «tal como es... él se me vino». Referido eso a su personalidad afirmamos: tal como era así se nos aparece, en una autenticidad maravillosa, ancha, decisiva, sobre la que descansó el acontecer biográfico, religioso y literario de esa gran figura que fué Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro.

